

# *Opinión popular y actitudes sociales en los regímenes totalitarios y fascistas de la Europa de Entreguerras, 1919-1945.*

## *Un recorrido historiográfico*

**Francisco Cobo Romero**

Universidad de Granada

10 de mayo de 2010

**Resumen:** A lo largo de las tres últimas décadas, las escurridizas y dificultosas cuestiones relacionadas con las distintas maneras con que los ciudadanos resistieron o asumieron la dominación de las dictaduras totalitarias o fascistas de la Europa de entreguerras se han unido al interés por las formas que revistieron sus opiniones, actitudes y comportamientos frente a esas mismas dictaduras. En consecuencia, el estudio de la opinión popular de la población, sujeta a su dominio, resulta imprescindible para comprender mejor de qué manera, y sobre todo con qué grado de eficacia, lograron concitar el apoyo mayoritario de la población alrededor de sus propuestas políticas, o bajo qué pretextos consiguieron neutralizar o abortar las expresiones de la disidencia o descontento. Analizaremos, pues, las oscilaciones experimentadas por la historiografía ocupada del análisis de la opinión popular y las actitudes políticas de la sociedad en los regímenes totalitarios y fascistas de la Europa de entreguerras a lo largo de las últimas décadas. Señalaremos, asimismo, el movimiento pendular registrado en sus percepciones.

**Palabras clave:** Totalitarismo, Fascismo, Europa de entreguerras, opinión popular, actitudes sociales, resistencia, disidencia, contestación, colaboracionismo, apoyos sociales al Fascismo, apoyos sociales al Totalitarismo.

**Abstract:** Along the last three decades, the always elusive and difficult issues related to the various ways in which the citizens resisted or came to the domination of the totalitarians and fascists dictatorships of Interwar Europe, have joined the interest in the different forms that took their views, attitudes and behavior with regard to the same dictatorships. Accordingly, the study of popular opinion of the population submitted to its domain is essential to understand better how, and especially with what degree of efficiency, these dictatorships succeeded rallying support of the majority of the population around their policy proposals, or under what pretexts they achieved the neutralization of the expressions of social dissent or unrest. In this article we will examine, therefore, the oscillations experienced by the historiography occupied on the analysis of the popular opinion and political attitudes of the society under totalitarians and fascists regimes of

Interwar Europe over the past three decades. We will pay attention, also, to the swinging movement registered in their perceptions.

*Key words:* Totalitarianism, Fascism, interwar europe, popular opinion, social attitudes, resistance, dissent, contention, collaborationism, social supports to Fascism, social supports to Totalitarianism.

### ***Opinión popular, totalitarismo y fascismo. Consideraciones previas***

Desde hace algunos años, las eternamente escurridizas y dificultosas cuestiones relacionadas con las distintas maneras con que los ciudadanos resistieron o asumieron la dominación de las dictaduras totalitarias o fascistas de la Europa de entreguerras se han unido al interés por las formas que revistieron sus opiniones, actitudes y comportamientos frente a las propuestas ideológicas y de transformación social difundidas desde aquéllas, convirtiendo al agregado resultante en un apasionante objeto de estudio que aún consume los esfuerzos de una buena parte de los historiadores sociales contemporáneos. Habría que comenzar señalando el notabilísimo avance experimentado a lo largo de las dos últimas décadas por los estudios sobre las actitudes sociales de la población en los regímenes totalitarios, fascistas o fascistizados del periodo de entreguerras<sup>1</sup>. Dicho avance ha de ser entendido como una de las más importantes consecuencias del acelerado desgaste experimentado por los paradigmas interpretativos clásicos de la naturaleza de tales regímenes a partir de la década de los sesenta del pasado siglo xx<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cabría resaltar la reciente (en algunos casos muy reciente) aparición de algunas decisivas aportaciones al debate sobre los apoyos sociales otorgados a los regímenes totalitarios y fascistas de la Europa de entreguerras o en torno a las múltiples resistencias cosechadas entre la población sometida a su dominio. Son dignas de destacar, asimismo, las muy sugerentes reflexiones teóricas e historiográficas sobre la capacidad movilizadora y de profunda reordenación social y antropológica exhibida por los experimentos totalitarios o fascistas del periodo analizado. Entre un extenso repertorio bibliográfico ocupado del estudio de tales cuestiones, merecen ser destacadas las siguientes publicaciones, sobre las que en muy buena medida se halla inspirado el presente ensayo, GEYER, Michael y FITZPATRICK, Sheila (eds.): *Beyond Totalitarianism. Stalinism and Nazism Compared*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009; CORNER, Paul (ed.): *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009; FRITZSCHE, Peter, *Life and Death in the Third Reich*, Cambridge Mass. and London, The Belknap Press of Harvard University Press, 2008; KERSHAW, Ian: *Hitler, the Germans, and the Final Solution*, Jerusalem, International Institute for Holocaust Research y New Haven and London, Yale University Press, 2008; ALY, Götz: *Hitler's Beneficiaries. How the Nazis Bought the German People*, London, Verso, 2007 (edición original en alemán: *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Frankfurt am Main, S. Fischer Verlage GmbH, 2005); COSTA PINTO, António; EATWELL, Roger y LARSEN, Stein Ugelvik (eds.): *Charisma and Fascism in Interwar Europe*, London, Routledge, 2007; HELLBECK, Jochen: *Revolution on my Mind: Writing a Diary under Stalin*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2006; GRIFFIN, Roger (ed.): *Fascism, Totalitarianism and Political Religion*, London and New York, Routledge, 2005; y FITZPATRICK, Sheila (ed.): *Stalinism. New Directions*, London and New York, Routledge, 2000.

<sup>2</sup> Véase LINZ, Juan J.: «Regímenes Totalitarios y Autoritarios», en J. J. Linz, *Obras Escogidas, Vol. 3: Sistemas Totalitarios y Regímenes Autoritarios*, edición a cargo de J. R. Montero y T. J. Miley, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 65-286; véanse especialmente las pp. 78-83. Consúltense asimismo, LINZ, Juan J.: «El espacio político y el Fascismo como movimiento tardío: las condiciones que condujeron al éxito o al fracaso del Fascismo como movimiento de masas en la Europa de entreguerras», en J. J. Linz, *Obras Escogidas, Vol. 1: Fascismo: Perspectivas históricas y comparadas*, edición a cargo de J. R. Montero y T. J. Miley, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 105-146. Véanse también las siguientes aportaciones de GENTILE, Emilio: «The Sacralisation of Politics: Definitions, Interpretations and Reflections on the Question of Secular Religion and Totalitarianism», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 1, 1 (2000), pp. 18-55; y «Fascism, Totalitarianism and Political Religion: Definitions and Critical Reflections on Criticism of an Interpretation», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 5, 3 (2004), pp. 326-375.

Si bien el estudio de las actitudes sociales y la opinión popular en los regímenes totalitarios o fascistas resulta una tarea frecuentemente resbaladiza, vaporosa e inasequible, sobre todo por el hermetismo o la opacidad de las exiguas fuentes archivísticas consultables o por la extremada precariedad de los repertorios documentales disponibles, tan embarazoso reto siempre ha suscitado una sincera preocupación entre los historiadores. Sobre todo porque resulta cuando menos estimulante acceder a un conocimiento más preciso acerca de cuáles fueron las circunstancias que permitieron a tales regímenes disfrutar de un consentimiento más o menos generalizado entre amplios espectros de las respectivas sociedades sobre las que instalaron su dominio, o cuáles fueron los instrumentos que los capacitaron para abortar o desactivar las expresiones de la disidencia, hasta diluirlas en un inofensivo y difuso conglomerado de manifestaciones atomizadas, desestructuradas o individualizadas de malestar, decepción o hastío.

De antemano, es preciso adoptar algunas cautelas a la hora de efectuar la consulta de las fuentes archivísticas y los repertorios documentales disponibles para el análisis de las conductas sociales y las actitudes políticas de la población en los regímenes fascistas y totalitarios del periodo de entreguerras, sobre todo teniendo en cuenta la casi total ausencia de registros demoscópicos, análisis sociológicos, encuestas de opinión o recuentos electorales fiables que nos permitan una inicial aproximación al «estado de ánimo» prevaleciente entre la sociedad, o a las diferentes sensibilidades suscitadas entre la ciudadanía por las políticas implementadas desde aquellos sistemas de dominación. Las fuentes policiales efectúan una interpretación de los comportamientos sociales tamizada, al tiempo que severamente condicionada, por las inmensas expectativas depositadas por los órganos de gobierno del Estado totalitario sobre las fuerzas del orden, al concebirlas como uno de los principales garantes aseguradores de la «paz social» requerida para el buen funcionamiento de su particular proyecto transformador. Además, la súbita y rotunda aniquilación de las libertades públicas que habían sido alentadas desde el orden político liberal pre-existente y el extremado celo puesto por los gobernantes totalitarios o fascistas en la persecución de cualquier conducta que mostrase el más mínimo atisbo de disidencia, tendió a que las fuerzas policiales y los órganos de vigilancia emplazados a su servicio exagerasen en muchos casos la pretendida existencia de cualquier tipo de actuación o comportamiento (público o privado, individual o colectivo, implícito o explícito) mínimamente atentatorio contra los rígidos preceptos reguladores de la conducta social pertinazmente promovidos desde el poder. Asimismo, mediante la aplicación de un exagerado celo por mostrar una imagen de impecable cumplimiento del deber, tales órganos de vigilancia o bien tendían a dibujar una ficticia situación de absoluta tranquilidad social o bien efectuaban, por el contrario, un deformado sobredimensionamiento

de las más nimias expresiones de apatía, desacato o desobediencia, porfiando de esta manera en la plena justificación de su labor supervisora<sup>3</sup>.

Junto a esto último se hace preceptivo el señalamiento de las necesarias invocaciones hacia el sumo cuidado con que deben manejarse términos y conceptualizaciones esenciales como «consenso», «opinión pública» y «opinión popular» en el análisis de las conductas sociales en los regímenes totalitarios y fascistas. Son archiconocidas las circunstancias de asfixiante omnipresencia de los órganos de vigilancia policial entre la población sometida al dictamen de los mencionados regímenes. Dicha población se encontraría sumida en una situación caracterizada o bien por la ausencia absoluta de espacios públicos para la libre discusión de propuestas entre los agentes sociales y los individuos, o bien por la permanente obstaculización interpuesta a la espontánea manifestación de alternativas contrarias al orden político dominante. La ausencia de órganos de difusión de planteamientos políticos antagónicos o disyuntivos, o de plataformas aptas para vehiculizar la libre exposición de las opiniones, impediría hablar de la existencia de una auténtica «opinión pública». De la misma manera que la inexistencia de protocolos socialmente legitimados para la regulación del debate público y las controversias suscitadas por la práctica política e institucional descartarían cualquier posible atisbo de emergencia de actitudes de «consenso», entendidas como el reflejo del alcance de posiciones de acercamiento o acuerdo entre los agentes públicos y sus opiniones que se derivarían del intercambio abierto, libre y reglamentado de propuestas y negociaciones entre la sociedad y el Estado.

En términos generales, puede afirmarse que la omnipresente propagación de ampulosos postulados ideológicos y el persistente empleo de una variadísima gama de recursos propagandísticos que caracterizó a los regímenes totalitarios o fascistas de la Europa de entreguerras no impidió que, en las más íntimas manifestaciones de la consciencia personal, se gestasen permanentes contradicciones entre las formas particularizadas con las que los individuos interiorizaron las propuestas políticas de los Estados dictatoriales y las demandas y expectativas que esos mismos Estados proyectaban sobre el comportamiento público y privado de los ciudadanos y la sociedad<sup>4</sup>. Junto a esto último, es preciso destacar que incluso en una situación de absoluta falta de libertades públicas o individuales, y bajo la espesa coraza policial y represora puesta en pie por los regímenes totalitarios o fascistas, siempre existieron espacios íntimos, recónditas esferas de sociabilidad o fugaces ámbitos de expresión y manifestación colectiva en los que, pese a la asfixiante presencia de los delatores, los agentes del orden o los servicios de inteligencia, afloraron soterradamente las revelaciones del

<sup>3</sup> Véase CORNER, Paul: «Italian Fascism: Whatever Happened to Dictatorship?», *The Journal of Modern History*, (Contemporary Issues in Historical Perspective), 74 (2002), pp. 325-351 y pp. 329-330.

<sup>4</sup> Véase CORNER, Paul: «Introduction», en P. Corner (ed.), *Popular Opinion in... op. cit.*, pp. 1-13.

desacato o la disidencia provenientes de la sociedad en torno a las formas particularizadas de aplicación de los principios políticos defendidos por aquéllos regímenes o en relación con su particular revestimiento ideológico. Estos lábiles instrumentos de contestación desataron un flujo informal de comunicación entre los Estados totalitarios o fascistas y esos otros ámbitos de la sociedad más impermeables a sus designios, o menos dispuestos a manifestar un sumiso acatamiento de los fundamentos ideológicos o programáticos propalados desde aquéllos. Gracias a esta suerte de negociación velada, los regímenes totalitarios o fascistas redoblaron sus esfuerzos por ganarse el apoyo o la confianza de los más descreídos. Pese a todo, parece probado que, en una significativa proporción, las enfáticas declaraciones programáticas e ideológicas de los regímenes totalitarios o fascistas, comprometidas con la implantación de un orden político y social radicalmente transgresor de la experiencia liberal precedente, gozaron de las necesarias dosis de credibilidad entre la población, lo cual les confirió un mínimo grado de estabilización y perdurabilidad. Cabe considerar, por consiguiente, que los individuos sometidos a tales regímenes pudieron sostener en todo momento opiniones vacilantes, e incluso pudieron albergar sentimientos contrapuestos, que los llevaron a soportar estoicamente las duras condiciones económicas derivadas de la aplicación de «grandiosos» planes de transformación mediante la parcial asunción de las expectativas de futuro ofrecidas por los proyectos de grandeza nacional y progreso sin límites pregonados pomposamente desde el poder. Una proporción nada desdeñable de la población sometida a los regímenes totalitarios o fascistas de entreguerras supo o pudo combinar, en ocasiones dificultosamente, el rechazo frente a determinadas prácticas represivas, o la ausencia absoluta de libertades, con la exhibición de sinceros sentimientos de parcial identificación con los proyectos ultranacionalistas, palingenésicos y revolucionarios sostenidos por aquéllos, auxiliada por la esperanza depositada sobre su supuesta capacidad para resolver adecuadamente los problemas generados en un inmediato pasado de «experiencia liberal y parlamentaria» que se percibió como ineficaz y caduca<sup>5</sup>.

En consecuencia, resulta imprescindible comprender mejor de qué manera, y sobre todo con qué grado de eficacia, lograron los mencionados regímenes totalitarios, fascistas o fascistizados de la Europa de entreguerras concitar el apoyo mayoritario

<sup>5</sup> Véase PLAMPER, Jan: «Beyond Binaries: Popular Opinion in Stalinism», en P. Corner (ed.), *Popular Opinion in...*, op. cit., pp. 64-80. Véase, asimismo, FRITZSCHE, Peter: *Rehearsals for fascism. Populism and political mobilization in Weimar Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 1990, pp. 109-138; y «Weimar Populism and National Socialism in Local Perspective», en L. E. Jones y J. Retallack (eds.), *Elections, Mass Politics, and Social Change in Modern Germany. New Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 287-306; KERSHAW, Ian: *Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península, 2007, pp. 331-335; KOSHAR, Rudy: *Social Life, Local Politics, and Nazism. Marburg, 1880-1935*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1986, pp. 150-166; BRUSTEIN, William: *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party, 1925 to 1933*, New Haven, Yale University Press, 1996, pp. 89-109 y 113-119.

de la población en derredor de sus particulares propuestas de ordenación política de la sociedad, o bajo qué pretextos consiguieron esos mismos regímenes hacer efectiva la parcial o total neutralización de las expresiones de la disidencia o las manifestaciones de descontento entre la población sometida a sus designios.

Por consiguiente, se hace necesario establecer la existencia de una más o menos fluida comunicación entre los regímenes totalitarios y fascistas y las sociedades sobre las que aquéllos se instalaron, concibiendo ambos extremos de la ecuación como los contradictorios integrantes de una permanente dinámica de resolución de constantes y mutuas fricciones y desavenencias, y confiriendo tanto al Estado como a la sociedad la necesaria capacidad de articulación de pactos parciales, respuestas desagregadas e informales y resoluciones mediatizadas por los contextos específicos en los que se produjo la imposición de las propuestas totalitarias. La dificultosa negociación en torno al reconocimiento de ámbitos de jerarquizada, reglamentada y supervisada comunicación entre el Estado totalitario y la sociedad se produjo en muchos casos en medio de una situación caracterizada por la exitosa impregnación de las directrices ideológicas emanadas del primero entre una abundante mayoría de la población sometida a sus propósitos, hasta lograr el acatamiento por parte de ésta última de la expresión sustancial de los principios políticos o los proyectos de regeneración nacional contenidos en su proyecto totalizador.

Es preciso asimismo, a la hora de evaluar convenientemente el mayor o menor grado de aquiescencia mostrado por la población frente al proceso histórico de implantación de los regímenes totalitarios o fascistas, considerar la magnitud de las contradicciones manifestadas en el seno de la sociedad entre los grandes logros históricos de amplio alcance sugeridos desde aquellos mismos regímenes y las realidades constrictivas y decepcionantes percibidas en la difícil convivencia cotidiana por una población que necesariamente constataba las falacias o la ampulosa grandilocuencia del proyecto totalitario que se quería edificar, o sufría las severas restricciones y las frustrantes privaciones derivadas de la persecución política, la ausencia de libertades, la opresión cultural o las carencias de índole económica o material.

Pese a todo, cabe imaginar que entre una nada desdeñable proporción de la población sometida a los regímenes fascistas o totalitarios del periodo analizado fue posible alcanzar una exitosa complementariedad, parcial o total, entre las expectativas generadas desde el Estado mediante la difusión de un programa de transformación o regeneración nacional de amplio alcance y las expectativas e ilusiones acariciadas por una amplia mayoría de la sociedad que anhelaba la instalación de un «nuevo orden político», encargado de aniquilar los fundamentos de un «decrépito sistema liberal» juzgado inoperante y desgastado<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> Véase PEUKERT, Detlev J. K.: *Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition, and Racism in Everyday Life*, New Haven and London, Yale University Press, 1987.

Asimismo resulta absolutamente necesario considerar el alto grado de interiorización e íntima convicción con el que numerosos integrantes de la población sometida a los regímenes fascistas o totalitarios otorgaron plena credibilidad, en un sentido alentador y cargado de esperanzadoras expectativas, a una considerable porción de los preceptos ideológicos y las premisas políticas sobre los que aquéllos instalaron su particular proyecto antiliberal y antiparlamentario<sup>7</sup>.

Por último, cabe tener muy en cuenta la capacidad de potenciación y suscitación de actitudes de consentimiento o pasiva aceptación hacia los proyectos políticos encarnados en los regímenes totalitarios, fascistas o fascistizados atribuible a las estrategias seguidas por estos últimos de cara a lograr la mejora integral de las condiciones de vida y los niveles de renta y consumo del conjunto de la población, o a beneficiar o enriquecer a determinados segmentos de la sociedad con el declarado propósito de obtener a cambio una incondicional adhesión a sus propuestas.

Pero analicemos, en primer lugar, los profundos vaivenes experimentados por la historiografía ocupada del análisis de la opinión popular y las actitudes políticas de la sociedad en los regímenes totalitarios y fascistas de la Europa de entreguerras a lo largo de las últimas décadas. Queremos señalar el oscilante movimiento pendular registrado en sus percepciones, mostrando cómo muchas de ellas han evolucionado desde el extremado énfasis puesto en la capacidad de tales regímenes para suscitar un amplio acuerdo entre la población, hasta la puntualización de la incesante emergencia de espacios públicos para la expresión de la disidencia, que ponían de manifiesto la perdurabilidad de las culturas de la protesta o las identidades de clase y evidenciaban el parcial fracaso cosechado por aquéllos en la pretendidamente consensuada aplicación de sus proyectos políticos.

### *La historiografía sobre la opinión popular y las actitudes sociales y políticas en los regímenes totalitarios y fascistas de entreguerras. Una visión comparada*

#### *La Alemania nazi<sup>8</sup> de las visiones clásicas forjadas por la memoria antifascista a las interpretaciones sobre los orígenes sociales del nazismo*

Hasta bien entrada la década de los sesenta, predominaron en los análisis socio-políticos del Tercer Reich las interpretaciones de arriba-abajo y las visualizaciones esquemáticas e inmovilistas de la sociedad alemana sometida a sus dictados. Prevalció hasta entonces una historiografía sobre la dictadura hitleriana centrada

<sup>7</sup> Véase FRITZSCHE, Peter y HELLBECK, Jochen: «The New Man in Stalinist Russia and Nazi Germany», en M. Geyer y S. Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism. Stalinism...*, *op. cit.*, pp. 302-341.

<sup>8</sup> Para una visión global de las oscilaciones de la historiografía en torno a la cuestión del consentimiento prestado por la sociedad alemana a las políticas nazis, véase KERSHAW, Ian: «Consensus, Coercion and Popular Opinion in the Third Reich: Some Reflections», en P. Corner (ed.), *Popular Opinion in...*, *op. cit.*, pp. 33-46; y ELEY, Geoff: «Hitler's silent majority? Conformity and Resistance under the Third Reich» (part one), *Michigan Quarterly Review*, 42, 2 (2003), pp. 389-425.



casi exclusivamente en destacar las características institucionales y altamente cohesivas del Estado nacionalsocialista y en el inmenso poder de la ideología nazi a la hora de garantizar el sometimiento de la población. Sin embargo, este desalentador panorama comenzó a manifestar visibles síntomas de debilidad y resquebrajamiento cuando, desde mediados de la década de los sesenta, fueron alumbrados los primeros enfoques sobre los orígenes sociales del régimen nazi, comenzando a señalarse las complejas imbricaciones entre sus ambiciosos proyectos de «fortalecimiento nacional» y los anhelos y frustraciones expresados por la sociedad alemana que sufrió directamente los efectos de la Gran Guerra y la derrota militar subsecuente. El énfasis puesto por los nuevos «historiadores del Tercer Reich» en la recreación de las fuerzas sociales y los particulares intereses colectivos que confirieron auténtico sentido, significación y respaldo a las políticas específicas del régimen nazi, insufló nuevos bríos a una corriente historiográfica alternativa, que denostaba las interpretaciones institucionalistas ensalzadoras de la omnímoda capacidad de la dictadura hitleriana y sus contundentes aparatos policiales para lograr el sometimiento absoluto de la sociedad alemana. Se produjo, pues, la consiguiente desacreditación de las tradicionales interpretaciones sobre el nazismo basadas en un análisis estático de la ideología nazi o en un enfoque inmovilista y sistémico, que hacía derivar exclusivamente el éxito de la dictadura hitleriana de los altos logros alcanzados en la cohesión institucional del Estado totalitario o del efectivo impacto de las políticas represivas y coactivas aplicadas sobre la población<sup>9</sup>.

Asimismo, desde la década de los sesenta asistimos al súbito derrumbe de las interpretaciones clásicas sobre el nazismo como totalitarismo derivadas de la ciencia política gestada en el marco de la Guerra Fría, y a su progresivo desmoronamiento como consecuencia de la irrupción de una reinterpretación social del Tercer Reich<sup>10</sup> y de la aparición de corrientes historiográficas ocupadas de prestar una mayor atención a las dificultosas interacciones entre Estado y sociedad en la Alemania del periodo de entreguerras<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> Véase BROSZAT, Martin: *The Hitler State. The Foundation and Development of the Internal Structure of the Third Reich*, London, Longman, 1981 (edición original en alemán: *Der Staat Hitlers. Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung*, München, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1969); MOMMSEN, Hans: *Beamtenum im Dritten Reich. Mit ausgewählten Quellen zur nationalsozialistischen Beamtenpolitik*, Stuttgart, Deutsche Verlagsanstalt, 1966; y MOMMSEN, Hans (ed.): *The Third Reich Between Vision and Reality. New Perspectives on German History, 1918-1945*, Oxford and New York, Berg, 2001. Véase, también, FREI, Norbert: *National Socialist Rule in Germany. The Führer State, 1933-1945*, Oxford, Basil Blackwell, 1993.

<sup>10</sup> Véase SCHOENBAUM, David: *Hitler's Social Revolution. Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, New York, Garden City, Doubleday, 1966; y GRUNBERGER, Richard: *A Social History of the Third Reich*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1971.

<sup>11</sup> Véase TRAVERSO, Enzo: *El Totalitarismo. Història d'un debat*, Valencia, Universitat de València, 2002.

*La primacía de la Historia Social y la nueva sensibilización ante los contextos socio-políticos en los que se gestó el nazismo*

Los años finales de la década de los sesenta y el comienzo de los setenta contemplaron una auténtica eclosión de nuevas aproximaciones al nazismo desde una Historia social superadora de los desgastados paradigmas interpretativos hasta entonces prevalecientes. Las sugerentes e innovadoras aportaciones de Martin Broszat y Hans Mommsen sirvieron de alentador acicate. Tuvo lugar una descalificación en toda regla de las viejas teorizaciones totalitarias, procediéndose en consecuencia a la incardinación de los orígenes y el desarrollo del Estado Nazi en los impulsos provenientes de la sociedad y en las disputas sostenidas en su seno para dirimir los graves problemas gestados tras la Gran Guerra. Asistimos entonces a una meticulosa descomposición de los ajados y caducos paradigmas interpretativos que continuaban reivindicando la absoluta eficacia del nazismo en la imposición de sus políticas o la supuestamente intachable cohesión institucional e ideológica atribuible a su implacable aparato represor. El mencionado desmontaje desveló las incoherencias del corpus ideológico nacionalsocialista, enfatizó el proceso de radicalización en la cúpula del Estado hitleriano y denunció el desigual desarrollo de las políticas nazis como consecuencia de un fenómeno *policrático*, originado por la incesante proliferación de atomizadas instancias de poder y lastrado por el inevitable caos derivado de la superposición y el solapamiento entre diferentes jurisdicciones. Comprobadas las deficiencias de la maquinaria policial y escrutadas las debilidades de un edificio institucional cercenado en su operatividad por la frecuente colisión competencial sostenida entre una miríada de núcleos de poder dispersos y frecuentemente descoordinados, se hacía preciso destacar la decisiva importancia del liderazgo carismático de Hitler, así como la probable existencia de actitudes sociales de cooperación y complicidad con las autoridades nazis que ayudasen a comprender mejor el éxito logrado por estas últimas en el proceso de implantación de la dictadura nacionalsocialista<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> Véase GORLIZKI, Yoram y MOMMSEN, Hans: «The Political (Dis)Orders of Stalinism and National Socialism», en M. Geyer y S. Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism. Stalinism...*, op. cit., pp. 41-86; BROSZAT, Martin y FRIEDLÄNDER, Saul: «A Controversy about the Historicization of the Third Reich», *New German Critique*, 44 (1988), (Special Issue on the Historikerstreit), pp. 85-126. Véase también MOMMSEN, Hans: «Cumulative radicalisation and progressive self-destruction as structural determinants of the Nazi dictatorship», en I. Kershaw y M. Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 75-87; KERSHAW, Ian: «'Working Towards the Führer'. Reflections on the Nature of the Hitler Dictatorship», *Contemporary European History*, 2, 2 (1993), pp. 103-118; y «Hitler and the Uniqueness of Nazism», *Journal of Contemporary History*, 39, 2 (2004), pp. 239-254; WELCH, David: «'Working towards the Führer': charismatic leadership and the image of Adolf Hitler in the Nazi propaganda», en A. McElligott y T. Kirk (eds.), *Working Towards the Führer. Essays in Honour of Sir Ian Kershaw*, Manchester, Manchester University Press, 2003, pp. 93-117.

A todo lo anterior le sucedió una rica tradición de estudios sobre los orígenes sociales del nazismo alemán y los apoyos sociales y electorales prestados al NSDAP, prolongadamente difundida a lo largo de las décadas de los setenta, los ochenta y los noventa, y que comenzó a dibujar un paisaje multicolor, donde aparecían claramente esbozados los muy heterogéneos componentes de la sociedad alemana que se sintieron seducidos por las radicales propuestas de regeneración nacional difundidas por los nacionalsocialistas desde los años de su particular lucha por el poder del Estado<sup>13</sup>.

Las preocupaciones historiográficas suscitadas por los nuevos enfoques en torno a los orígenes sociales del nazismo y las fórmulas empleadas por la dictadura hitleriana para promover un generalizado consentimiento entre la población hacia sus particulares propuestas de profunda reordenación nacional, posibilitaron la emergencia del denominado «proyecto Baviera», iniciado en 1973 y preocupado por llevar a cabo un estudio exhaustivo de las actitudes sociales de la población alemana frente al nazismo. La ejecución del mencionado proyecto condujo a la elaboración de un cuadro interpretativo que, si bien señalaba la gestación entre la población alemana de actitudes de consentimiento o sincera adhesión a los principios ideológicos del nazismo, también advertía de la existencia de múltiples manifestaciones de disidencia y desencuentro entre la sociedad y la dictadura nazi, especialmente en el seno de determinados grupos de interés o religiosos, así como entre numerosos segmentos de la población particularmente perjudicados por las políticas económicas implementadas por aquélla, o por sus intentos de reconducción de la economía nacional en su desmedido afán por la potenciación de un vasto aparato militar habilitado para la guerra de conquista.

El señalamiento de amplias «zonas grises» entre la población que soportó la brutal implantación del nazismo se sustentó en la decisiva aportación del concepto de *Resistenz* acuñado por Broszat, que sostenía la tesis de la perdurabilidad o la relativa impermeabilidad mostrada por las culturas políticas socialdemócratas que

<sup>13</sup> KATER, Michael M.: *The Nazi Party. A social profile of members and leaders, 1919-1945*, Oxford, Basil Blackwell, 1983; NOAKES, Jeremy: *The Nazi Party in Lower Saxony, 1921-1933*, Oxford and London, Oxford University Press, 1971; ALLEN, William Sheridan: *The Nazi seizure of power: the experience of a single German town, 1922-1954*, Chicago, Quadrangle Books, 1965; CHILDERS, Thomas: *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1939*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1983; CHILDERS, Thomas (ed.): *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, Totowa, New Jersey, Barnes and Noble Books, 1986; FALTER, Jürgen W.: «The Social Bases of Political Cleavages in the Weimar Republic, 1919-1933», en L. E. Jones y J. Retallack (eds.), *Elections, Mass Politics, and Social Change in Modern Germany. New Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 371-398; FRITZSCHE, Peter: *Rehearsals for fascism...*, *op. cit.*; HAMILTON, Richard F.: *Who Voted for Hitler?*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1982; MÜHLBERGER, Detlef: *Hitler's followers. Studies in the sociology of the Nazi movement*, London, Routledge, 1990; y *The Social Bases of Nazism, 1919-1933*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; BRUSTEIN, William: *The Logic of...*, *op. cit.*

inspiraron las actitudes renuentes y el comportamiento episódicamente conflictivo de los trabajadores industriales cualificados durante casi todo el periodo de dominación del Tercer Reich. El referido concepto trataba de ponderar la incapacidad de las propuestas nazis a la hora de hacer efectiva la integración política de extensos colectivos de obreros industriales, profundamente imbuidos por las culturas de clase y los referentes identitarios que fomentaban la solidaridad frente a la dominación patronal o exaltaban la dignidad del trabajo. Asimismo, el concepto manejado por Broszat aludía al frustrado intento de las políticas sociales nazis dirigido a diluir o desactivar la potencialidad modeladora de las identidades clasistas que durante mucho tiempo inspiraron el comportamiento colectivo de los obreros industriales, subordinando o disolviendo la persistencia de sus tradicionales solidaridades grupales mediante la imposición hegemónica de las particulares propuestas de fuerte cohesión nacional y subordinación extrema al Estado totalitario difundidas desde el NSDAP<sup>14</sup>. La «resistencia» de los obreros industriales al nazismo era entendida como una especie de soterrada refutación de sus específicas políticas sociales de integración en el nuevo orden, un rechazo que si bien no se hacía explícito mediante sonoras y rotundas acciones colectivas y organizadas, no por ello dejaba de revelarse a través una silenciosa, pasiva y, en la mayoría de las ocasiones, individualizada contestación, que ponía abiertamente en entredicho el éxito alcanzado por los objetivos y los postulados impuestos desde el poder.

En los estudios sobre la opinión popular manifestada por los alemanes durante los años de apogeo del proceso de implantación del Estado Nacionalsocialista —aproximadamente situados entre 1934 y 1939—, prevaleció el diseño de un paisaje social de tonalidades grisáceas. En dicho paisaje se señalaba la dificultosa y contradictoria coexistencia, en el modo de pensar y actuar descrito por amplios segmentos numéricamente muy significativos de la población de las clases medias protestantes de la ciudad y el campo, de sentimientos de sincera identificación con algunas de las decisiones puestas en marcha por los nazis —especialmente aquellas que se dirigían a fortalecer la economía, a perseguir a los comunistas y

<sup>14</sup> Véase BROSZAT, Martin: «A Social and Historical Typology of the German Opposition to Hitler», en D. C. Large (ed.), *Contending with Hitler. Varieties of German Resistance in the Third Reich*, Cambridge, German Historical Institute y Cambridge University Press, 1991, pp. 25-33; PEUKERT, Detlev J. K.: «Working-Class Resistance: Problems and Options», en D. C. Large (ed.), *Contending with Hitler... op. cit.*, pp. 35-48; NOLAN, Mary: «Rationalization, Racism, and *Resistenz*: Studies on Work and the Working Class in Nazi Germany», *International Labor and Working-Class History*, (Review Essay), 48 (1995), pp. 131-151. Véanse, asimismo, las siguientes aportaciones de MASON, Timothy W.: «National Socialism and the Working Class, 1925-may, 1933», *New German Critique*, 11 (1977), pp. 49-93; *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the 'National Community'*, Oxford, Providence, Berg Publishers, 1993, (edición original en alemán: *Sozialpolitik im Dritten Reich: Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, Opladen, Westdeutscher Verlag GmbH, 1977); y «The Domestic Dynamics of Nazi Conquests. A Response to Critics», en T. Childers y J. Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Teaneck, New Jersey, Holmes and Meier, 1993, pp. 161-189.

los judíos o a realzar el prestigio de la Nación— que convivían, en una especie de «artificiosa armonía», con aquellos otros instalados sobre la apatía, la pasividad o la manifiesta contrariedad con las que eran recibidas determinadas iniciativas políticas —por ejemplo: el boicot a los negocios regentados por los judíos, la persecución de las asociaciones confesionales y religiosas católicas o ciertas medidas de política económica que menoscababan la rentabilidad de las economías campesinas o perjudicaban la sustentabilidad de los modestos establecimientos de la clase media urbana—. Pese a la señalización de la perdurabilidad de «culturas de clase» y «tradiciones de protesta» entre los trabajadores industriales más influidos por la socialdemocracia, algunos destacados especialistas en el estudio de las políticas sociales del nazismo acabaron admitiendo que, aún cuando el régimen del Tercer Reich nunca logró integrar definitivamente a la clase trabajadora alemana y vio alterados sus planes de militarización de la economía ante el temor a sus hipotéticas e imprevisibles resistencias, no es menos cierto que el mencionado régimen supo enjugar y neutralizar parcialmente las inconveniencias causadas por la perdurabilidad de la «reluctancia de los obreros». Esto último se debió al éxito parcial alcanzado gracias a la relativa desintegración de sus «compactas identidades solidarias», facilitándoles su inserción en una vasta sociedad de consumo y permitiéndoles el acceso generalizado al disfrute de amplios servicios de recreo y ocio<sup>15</sup>.

Así pues, la señalización de la disidencia social —aún cuando no expresada en su forma superior de oposición política organizada, destinada a transformar de manera programada la realidad institucional existente— constituyó un serio avance en la obtención de una visualización más ponderada acerca de las extremas contradicciones que siempre envolvieron las complejas relaciones entre el Estado Nazi y la sociedad alemana de los años treinta<sup>16</sup>.

#### *La atención al individuo y el énfasis puesto en las expresiones del «colaboracionismo»*

Desde la década de los noventa se fueron haciendo perceptibles nuevas y estimulantes revelaciones historiográficas en torno a la opinión popular y las actitudes sociales de los alemanes frente al nazismo. Algunas de ellas se vieron impulsadas por el auge de la historia cultural. Otras muchas se sintieron espoloadas y animadas por las teorizaciones que enfatizaron la capacidad contenida en los discursos

<sup>15</sup> Véase MASON, Timothy W.: *Social Policy in...*, *op. cit.*; NOLAN, Mary: «The Historikerstreit and Social History», *New German Critique*, 44 (Special Issue on the Historikerstreit) (1988), pp. 51-80. Consulte también MASON, Timothy W.: «The Containment of Working Class in Nazi Germany», en J. Caplan (ed.), *Nazism, Fascism and Working Class. Essays by Tim Mason*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

<sup>16</sup> Véanse las siguientes aportaciones de KERSHAW, Ian: *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich. Bavaria, 1933-1945*, Oxford and New York, Clarendon Press, Oxford University Press, 1983; y *The «Hitler myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford and New York, Oxford University Press, 1987.

simbólicos e interpretativos de la realidad gestados desde las ideologías totalitarias o fascistas para suscitar una particularizada modelación de las conductas individuales, o para forjar cosmovisiones potencialmente inductoras de actitudes personales de sincera adhesión. La nueva «vuelta de tuerca» experimentada a lo largo de la década de los noventa por los estudios sobre el nazismo y los avatares de su dificultosa implantación social estuvo profundamente determinada por la gestación de un innovador marco de análisis, que concebía el alto grado de impregnación popular alcanzado por los postulados ideológicos de los regímenes totalitarios como una irrefutable prueba del éxito alcanzado por todos ellos en la suscitación de generalizadas actitudes de plena identificación con sus postulados. La apertura de los archivos secretos de la extinta Unión Soviética y el auge alcanzado por el desentrañamiento de los móviles que inducían a los individuos a incorporar de una manera íntima los preceptos ideológicos fundamentales emanados de los regímenes totalitarios o fascistas, condujo a la eclosión de una auténtica oleada de nuevos estudios, que emplearon las fórmulas de la delación y la denuncia practicada por los ciudadanos comunes contra los considerados «desafectos» como elementos probatorios del alto grado de identificación expresado por muchos de aquéllos con las políticas rectoras de los sistemas totalitarios a los que se hallaban sometidos. Algo de todo esto ocurrió tanto en los estudios centrados en los apoyos sociales prestados al nazismo, como en aquellas otras investigaciones preocupadas por desentrañar el alcance de los sentimientos de adhesión manifestados por la sociedad soviética de los años treinta hacia el régimen estalinista, como tendremos ocasión de describir más adelante.

Puede decirse que desde los años noventa se produjo un nuevo movimiento pendular hacia una reinterpretación de los respaldos sociales disfrutados por la dictadura nazi. En su particular gestación destacó la importancia otorgada al papel de las denuncias y la colaboración de los ciudadanos comunes con los aparatos represivos y los órganos de vigilancia al servicio del Tercer Reich en las tareas de identificación y persecución de las minorías sociales consideradas perniciosas o enfermizas, o contra los judíos. Son dignas de destacar las muy esclarecedoras aportaciones de Robert Gellately y Eric A. Johnson acerca de la «relativa descoordinación» y la supuesta ineficacia de las fuerzas policiales y los servicios de inteligencia nazis, y el determinante papel cumplido por la colaboración de los ciudadanos comunes en el señalamiento y la inculpación de quienes eran reputados como opositores o manifestaban una conducta atentatoria contra el orden moral y político oficialmente establecido. La brillante argumentación que prevalece en sus trabajos quizá incitase al alumbramiento de una nueva exégesis sobre la función desempeñada por los ciudadanos comunes en la cotidiana prestación de una desinteresada y eficaz asistencia al personal profesionalizado de la Gestapo o las SS, especialmente en todo lo relacionado con la persecución de los judíos, los «enemigos de

la nación alemana», los considerados «asociales» o contra quienes eran imputados de participar activa o pasivamente en la preparación de actos subversivos y en el sostenimiento de expresiones de pública y manifiesta disidencia<sup>17</sup>.

Los trabajos reseñados quizás nos ayudaron a pensar que, en alguna medida, durante el periodo de vigencia del régimen nazi la mayoría de los ciudadanos alemanes se espiaba mutuamente. Hasta tal punto que la instrumentación de la sospecha generalizada, en beneficio de las medidas policiales de vigilancia, generó un amplio consenso entre el común de la ciudadanía en torno a la oportunidad, y el carácter beneficioso, de la colaboración con el régimen en la aplicación estricta de las medidas de excepción y las leyes represivas —especialmente las que afectaban a los judíos—<sup>18</sup>.

En tal contexto, la denuncia contra los judíos, los opositores políticos socialdemócratas o, sobre todo, comunistas y las minorías sociales y étnicas sospechosas de «antinazismo» o «antigermanismo», debió convertirse no únicamente en una práctica bastante generalizada en los años del Tercer Reich, sino igualmente en un soporte esencial que garantizó la perdurabilidad misma del régimen nazi. En torno a la cuestión de las denuncias, o lo que es lo mismo, acerca de la colaboración de los ciudadanos comunes de la Alemania nazi con los órganos policiales especiales —Gestapo, Kripo, etc.— y las organizaciones paramilitares del Partido, ha surgido a lo largo de las últimas décadas una relativamente abundante bibliografía<sup>19</sup>. Pese a las discrepancias y ligeras diferencias de matiz mostradas por las distintas aportaciones al estudio de esta cuestión aparecidas en los últimos años, la mayor parte de todas ellas coincide en el apuntamiento de una cuestión capital. Casi todas los estudios centrados en este «escurridizo objeto de análisis historiográfico» han señalado la importancia categórica que jugaron los ciudadanos comunes, y

<sup>17</sup> Véanse las siguientes aportaciones de GELLATELY, Robert: *Backing Hitler. Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, Oxford University Press, 2001; *The Gestapo and German society. Enforcing racial policy, 1933-1945*, Oxford and New York, Clarendon Press, Oxford University Press, 1990; «Situating the 'SS. State' in a Social-Historical Context: Recent Histories of the ss, the Police, and the Courts in the Third Reich», (Review Article), *The Journal of Modern History*, 64, 2 (1992), pp. 338-365; y «Denunciation in Twentieth-Century Germany: Aspects of Self-Policing in the Third Reich and German Democratic Republic», *The Journal of Modern History*, (Special Issue: Practices of Denunciation in Modern European History, 1789-1989), 68, 4 (1996), pp. 931-967. Véase también MALLMANN, Klaus-Michael y PAUL, Gerhard: «Omniscient, Omnipotent, Omnipresent? Gestapo, Society and Resistance», en D. F. Crew (ed.), *Nazism and German Society, 1933-1945*, London, New York, Routledge, 1994.

<sup>18</sup> Véase GELLATELY, Robert: *The Gestapo and...*, *op. cit.*

<sup>19</sup> Al respecto consúltese *Ibidem*; y del mismo autor, véase «The Gestapo and German Society: Political denunciation in the Gestapo case files», *The Journal of Modern History*, 60, 4 (1988), pp. 654-695. Para obtener una perspectiva comparada sobre el papel de la delación y la acusación de los ciudadanos comunes en los regímenes dictatoriales, consúltese: FITZPATRICK, Sheila y GELLATELY, Robert (comps.): *Accusatory practices. Denunciation in Modern European History, 1789-1989*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.

sus acciones de delación de las minorías y los delitos perseguidos por las autoridades nazis, en el sostenimiento de una eficaz labor policial y represiva contra los opositores y desafectos, finalmente orientada a garantizar el mantenimiento del régimen dictatorial. Robert Gellately ha sido, quizás, uno de los investigadores pioneros en este fértil campo de indagación de los apoyos sociales concedidos por los ciudadanos corrientes a la dictadura hitleriana, y auscultados a través del estudio de la denuncia individual. Sus investigaciones centradas en el examen de los expedientes policiales de la Gestapo, y más concretamente en la acción policial desarrollada en el distrito administrativo de Wurzburg y en la región de Baja Franconia, han puesto de manifiesto la decisiva importancia jugada por las acusaciones particulares e individuales ante los órganos policiales nazis en todo lo referido al mantenimiento de una continuada actividad represiva, y en el éxito final de las medidas de *nazificación* insistentemente acariciadas por el régimen nazi durante el periodo del Tercer Reich. Si bien sus análisis se han centrado de manera preferente en todo lo relacionado con los expedientes policiales incoados contra los judíos de la Baja Franconia, sus conclusiones han destacado el elevado porcentaje significado por las denuncias particulares, situado hasta en un 73% sobre el total de los casos con los que trabajó la Gestapo en aquella región<sup>20</sup>. Asimismo, en un análisis pormenorizado sobre los expedientes de la Gestapo en la región alemana de Palatinado, y relacionados con las actuaciones de marginación social y confinamiento de los trabajadores polacos en un régimen de *pseudo-apartheid*, Gellately llega a la conclusión de que, al menos en el 67% de los casos investigados, la información obtenida por la policía para la instrucción de los procesos de incriminación provenía de ciudadanos comunes o individuos anónimos<sup>21</sup>.

Otros especialistas han restado importancia al papel desempeñado por la colaboración de los individuos anónimos en el desarrollo de las actuaciones policiales, y la eficaz aplicación de las políticas represivas del régimen nazi. E. A. Johnson constituiría un destacado representante de estos últimos. En su documentadísimo estudio sobre la labor de la Gestapo de Krefeld y el Tribunal Especial de Colonia, Johnson llega a la conclusión de que, pese al reconocimiento del papel crucial que jugaron las denuncias ciudadanas en la labor de incoación de expedientes policiales acusatorios, su peso específico experimentó una notable merma, puesto en relación con la totalidad de las vías y los recursos empleados en la obtención de información por la Gestapo actuante en el ámbito geográfico señalado. El autor finaliza concluyendo que la denuncia debió cumplir un relevante papel en el sostenimiento de la actividad represiva del régimen nazi, si bien tal función acentuó su incidencia en

<sup>20</sup> Véase TORO MUÑOZ, Francisco Miguel de: «Policía, denuncia y control social: Alemania y Austria durante el Tercer Reich», *Historia Social*, 34 (1999), pp. 117-134. Véase, asimismo, GELLATELY, Robert: *Backing Hitler. Consent..., op. cit.*

<sup>21</sup> *Ibidem.*



aquellos ámbitos en los que la delación —y la consiguiente colaboración ciudadana con el régimen— se dirigía contra aquellas minorías sociales o étnicas contra las que se había ido sedimentando históricamente un profundo odio popular<sup>22</sup>. De cuanto resulta que el régimen nazi no hizo más que avivar los ancestrales sentimientos antisemitas de la población alemana, reedificando su compromiso con el conjunto de la sociedad mediante la satisfacción de sus más sentidos anhelos y la exaltación de sus más profundos e irracionales mitos<sup>23</sup>.

La credibilidad en constante ascenso experimentada por la historiografía ensalzadora de la potencialidad de la dictadura nacionalsocialista para suscitar el compromiso o la identificación con sus propuestas de ordenación totalitaria entre la mayor parte de la sociedad alemana propició, a lo largo de los años noventa, incluso el socavamiento de la pasada fe depositada sobre el muy fértil concepto de *Resistenz*, llegando a invocarse la posibilidad de que las políticas sociales del nazismo, unidas a las nuevas expectativas de empleo generadas por el impulso de la industria armamentística y la propagación del consumo de masas, se convirtieran en poderosas herramientas empleadas por el régimen del Tercer Reich para lograr una exitosa disolución de las identidades colectivas y las prácticas conflictivas todavía persistentes entre los trabajadores industriales cualificados. Puede afirmarse que durante los años noventa del pasado siglo xx se asistió a una especie de superación del concepto de *Resistenz* acuñado por Broszat, así como a la gestación de una nueva interpretación sobre el papel desempeñado por la edificación desde el Estado nazi de culturas glorificadoras del trabajo y exaltadoras de la dignidad de los trabajadores manuales y a su positiva repercusión sobre la integración política y cultural de la clase trabajadora alemana y su particular contribución al sostenimiento del proyecto totalitario. A esto último debe añadirse el impacto que debieron ejercer sobre la progresiva disolución de las identidades solidarias de la clase obrera tanto los esfuerzos llevados a cabo por el régimen nazi para incrementar visiblemente los niveles de higienización en los centros de trabajo, o para elevar la dignificación del obrero como integrante esencial del esfuerzo colectivo encaminado al engrandecimiento de la Nación, como aquellos otros desplegados en la financiación de viajes vacacionales destinados a garantizar un acceso generalizado de los trabajadores industriales al consumo turístico y al ocio de masas<sup>24</sup>.

<sup>22</sup> Consúltese JOHNSON, Eric Arthur: *Nazi Terror. The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, Basic Books, 1999.

<sup>23</sup> Véase FRIEDLÄNDER, Saul: *Nazi Germany and the Jews. The Years of Persecution, 1933-1939*, New York, Harper Collins, 1997.

<sup>24</sup> Véase LÜDTKE, Alf: «The 'Honor of Labor': Industrial Workers and the Power of Symbols under National Socialism», en D. F. Crew (ed.), *Nazism and German..., op. cit.*, pp. 67-109. Véase, asimismo, BARANOWSKI, Shelley: *Strength through Joy. Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

*Las dificultosas relaciones entre el nazismo y la sociedad alemana y el diseño historiográfico de un panorama de luces y sombras*

El sonriente panorama pergeñado por las aportaciones de Gellately o Johnson, entre otros, ha sido sometido a un severo criticismo desde fines de la década de los noventa. Parece ser que nuevamente los historiadores han querido reflexionar sobre el exitoso papel ejercido por los órganos policiales en la consecución de un clima social de generalizada sumisión al poder del Estado nacionalsocialista, o sobre la eficacia con que fueron aplicadas las severas medidas de vigilancia implementadas por los servicios de inteligencia o las instancias policiales y sus rotundas repercusiones sobre el aniquilamiento de aquellos comportamientos o actitudes visiblemente desviados de la disciplina impuesta por el régimen del Tercer Reich<sup>25</sup>.

Debe ponerse un especial énfasis en las reveladoras aportaciones de Ian Kershaw en torno al papel desempeñado por los alemanes comunes en la persecución de los judíos, con la consiguiente superación del «relativamente estéril» debate Goldhagen<sup>26</sup>. De la misma manera que resulta obligatorio dirigir la mirada hacia la reciente recapitulación de posturas historiográficas mucho más mesuradas, ocupadas en reflexionar acerca del pasivo consentimiento con que los alemanes percibieron la puesta en práctica de los planes de exterminio de los judíos y la aquiescencia casi generalizada con que la sociedad germana recibió e interiorizó los excesos provocados por las directrices orientadas hacia su programada persecución<sup>27</sup>. Parece claro que la mayor parte de la historiografía reputadamente seria de los últimos años, ocupada del estudio de la colaboración de los alemanes con las tareas de exterminio racial desplegadas por los nazis, destila un amplio acuerdo acerca del papel de «pasiva complicidad» desempeñado por la mayor parte de la población no judía en torno a tales prácticas. Pese a todo, la precedente aseveración no ha restado credibilidad a algunas recientísimas aportaciones, que porfían muy documentadamente en el señalamiento del papel activo jugado por numerosos alemanes en la reclamación a las autoridades nazis de una actuación más contundente respecto a la exclusión de los judíos y su absoluta discriminación social y política<sup>28</sup>. Sea como fuere, las posturas últimamente defendidas por los

<sup>25</sup> Véase KERSHAW, Ian: «Consensus, Coercion and...», *op. cit.*, pp. 36-37; y NOLAN, Mary: «Antifascism under Fascism: German Visions and Voices», *New German Critique*, 67 (1996), (Legacies of Antifascism), pp. 33-55.

<sup>26</sup> Véanse al respecto ROSENFELD, Gavriel D.: «The Controversy That Isn't: The Debate over Daniel J. Goldhagen's *Hitler's Willing Executioners* in Comparative Perspective», *Contemporary European History*, 8, 2 (1999), pp. 249-273; y MOSES, A. Dirk: «Structure and Agency in the Holocaust: Daniel J. Goldhagen and His Critics», *History and Theory*, 37, 2 (1998), pp. 194-219.

<sup>27</sup> Véanse GOLDHAGEN, Daniel Jonah: *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*, London, Little, Brown and Company, 1996; y KERSHAW, Ian: *Hitler, the Germans...*, *op. cit.*

<sup>28</sup> Véase KULKA, Otto Dov: «Popular Opinion in Nazi Germany as a Factor in the Policy of the 'Solution of the Jewish Question': The Nuremberg laws and the *Reichskristallnacht*», en P. Corner (ed.),

especialistas en la materia postulan que la machacona insistencia con que los nazis difundieron su particular concepto racial de Nación y la extremada minuciosidad con la que a lo largo de los años treinta se edificó un robusto discurso antisemita —inspirado en una larga tradición cultural exaltadora de los fundamentos étnicos y biológicos de la nación germánica y condimentado con seductoras teorizaciones científicas—, contribuyeron a que la mayor parte de la sociedad alemana mostrase una actitud de comedia y pasiva indiferencia ante las «leyes de Núremberg», el boicot dirigido contra los negocios regentados por los judíos o la persecución y el acoso sistemático practicado sobre estos últimos una vez que se generalizaron, desde 1939 en adelante, las decisiones encaminadas a su definitiva y absoluta extinción. Por consiguiente, y pese a que la mayor parte de la población alemana no semita debió conocer con más o menos detalle los actos de sistemática aniquilación llevados a cabo por el Estado sobre la comunidad judía, el común de los ciudadanos parece que consintió conscientemente la ejecución de tales prácticas y se mostró tibiamente conforme con las mismas, sin que esto último significase la exhibición de aparatosas señales de entusiasmo ni la pública manifestación de una consciente y explícita actitud de auxilio activo o estentóreo aplauso respecto de todas ellas.

En definitiva, puede sentenciarse que nuevamente hemos regresado a una visión más sosegada, que incorpora numerosas incertidumbres sobre el auténtico alcance de las políticas raciales nazis y su capacidad de seducción o integración política e ideológica sobre el conjunto de la sociedad alemana. Se vuelven a registrar incursiones que vierten multitud de dudas sobre las pretéritas interpretaciones predominantes quizá demasiado extendidas entre la historiografía sobre el nazismo difundida a lo largo de los noventa, y que o bien señalaban la existencia de un generalizado acuerdo entre la población alemana hacia las políticas desarrolladas por el nazismo, o bien ponían un especial énfasis en la capacidad desplegada por este último a la hora de posibilitar la gestación de un sentimiento ampliamente favorable entre la sociedad acerca del carácter idóneo de sus particulares políticas raciales o alrededor de sus proyectos militaristas e imperialistas. No obstante, resulta de obligatoria referencia la emergencia, registrada a lo largo de la década de los noventa y en los comienzos del siglo XXI, de toda una plétora de sólidas investigaciones ocupadas de demostrar el triunfo incuestionable alcanzado por el Estado hitleriano en la forja de un concepto de «comunidad del pueblo» fundamentado sobre la esencia racial de la nación germánica. Casi todas ellas se han empeñado en señalar las positivas implicaciones de tan exitosa recreación simbólica sobre las actitudes de colaboracionismo y las muestras de acatamiento expresadas por la mayoría de la población en lo relacionado con las políticas de aniquilamiento de los judíos, o en

---

*Popular Opinion in..., op. cit.*, pp. 81-106.

lo concerniente al expansionismo militarista y la puesta en marcha de una guerra de exterminio contra los enemigos históricos de la nación alemana<sup>29</sup>.

Tales vaivenes en los enfoques historiográficos sobre las actitudes sociales y la opinión popular de los alemanes bajo el nazismo no han impedido que vuelvan a aflorar visiones más comedidas, instaladas sobre una especie de nuevo escepticismo que recoloca a los actores en un lugar más acorde con lo que debieron ser las auténticas relaciones, siempre conflictuales y contradictorias, entre el Estado Nazi y la sociedad alemana de los años treinta y cuarenta. Se ha hecho hincapié en la dificultad para medir el auténtico estado de ánimo de la población alemana durante los años de dominio del Tercer Reich, y desde luego se ha puesto el acento en la existencia de múltiples focos de contestación y discrepancia, dando así continuidad a aquella impresión paisajística que diseñaba una sociedad sometida a sus designios caracterizada por un abigarrado cuadro de tonalidades grisáceas y nos alertaba sobre la existencia de múltiples focos de disidencia frente al nazismo. Véanse, en tal sentido, las recientes aportaciones de Kershaw<sup>30</sup>, que contrastan con el equilibrado balance analítico desplegado por Fritzsche<sup>31</sup>. Para este último, la capacidad modeladora de las actitudes individuales contenida en el concepto seminal de «comunidad del pueblo», y la influencia decisiva de las políticas sociales nazis a la hora de forjar toda una vasta amalgama de sentimientos de auto-identificación con los principios simbólicamente instalados sobre una exaltada germanidad, acabaron facilitando el desencadenamiento entre multitud de individuos de complicados procesos de resolución de íntimas contradicciones éticas, culturales e ideológicas, que en numerosísimas ocasiones se resolvieron mediante la precipitación decantada de recios compromisos de adhesión consciente a las políticas nazis de engrandecimiento nacional e intensa y revolucionaria regeneración política y social.

<sup>29</sup> Véanse, sobre todo, las siguientes aportaciones BURLEIGH, Michael y WIPPERMANN, Wolfgang: *The Racial State. Germany, 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; BURLEIGH, Michael: *The Third Reich. A New History*, New York, Hill and Wang, 2000; KOONZ, Claudia: *The Nazi Conscience*, Cambridge, Massachusetts, Belknap Press of Harvard University Press, 2003; BARTOV, Omer: «The Missing Years. German Workers, German Soldiers», en D. F. Crew (ed.), *Nazism and German...*, *op. cit.*, pp. 41-66; y, del mismo autor, «The Conduct of War: Soldiers and the Barbarization of Warfare», *The Journal of Modern History*, (Supplement: Resistance Against the Third Reich), 64 (1992), S32-S45; véase, por último, LÜDTKE, Alf: «The Appeal of Exterminating `Others`: German Workers and the Limits of Resistance», *The Journal of Modern History*, (Supplement: Resistance Against the Third Reich), 64 (1992), pp. S46-S67.

<sup>30</sup> Véase KERSHAW, Ian: *Hitler, the Germans...*, *op. cit.*; y «Consensus, Coercion and...», *op. cit.*

<sup>31</sup> Véase FRITZSCHE, Peter: *Life and Death...*, *op. cit.*; y BERGERSON, Andrew Stuart: *Ordinary Germans in Extraordinary Times. The Nazi Revolution in Hildesheim*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 2004. Véase también CONNELLY, John: «The Uses of Volksgemeinschaft: Letters to the NSDAP kreisleitung Eisenach, 1939-1940», *The Journal of Modern History*, (Special Issue on Practices of Denunciation in Modern European History, 1789-1989), 68, 4 (1996), pp. 899-930.

Sin embargo, pese a la elocuencia de tan relevadores aportaciones y frente al énfasis puesto en la capacidad de seducción y de modelación de las conductas atribuible a la idea de *Volksgemeinschaft*, las conclusiones de Fritzsche deben ser contrastadas con la aparición de recientes investigaciones. Las más prominentes de todas ellas profieren un amplio rosario de refutaciones, encaminadas a contrarrestar la entusiasta defensa ejercida por algunos especialistas en torno al carácter medular de la recreación simbólica de la comunidad racial forjada por los nazis y sus positivas repercusiones sobre la edificación de un generalizado sentimiento de adhesión al Tercer Reich entre la población alemana. Las mencionadas voces críticas han sido evocadas por una exhaustiva consulta de las fuentes documentales locales y se hallan impregnadas de un suavizado escepticismo en torno a la eficacia y la supuesta capacidad de seducción mostradas por las «cosmovisiones» nazis a la hora de interpretar las conductas y las actitudes de la población rural alemana durante la Segunda Guerra Mundial. Según tales planteamientos, a lo largo de casi todo el periodo de dominio nazi, pero de manera particularizada en medio de las difíciles condiciones de supervivencia derivadas del extenuante esfuerzo bélico desplegado por el Tercer Reich desde 1939, el campesinado de numerosas zonas rurales compatibilizó de una manera extremadamente contradictoria y dificultosa el tradicional apego a sus inveteradas prácticas de supervivencia y defensa de la economía familiar con las altisonantes invocaciones al altruismo y el espíritu de la «comunidad del pueblo» insistentemente proferidas por los nazis, mostrando una actitud de abierta desconfianza o rechazo explícito frente a las constantes requisas y constricciones al libre mercado llevadas a cabo por las autoridades en detrimento de sus ya muy mermados recursos productivos. Todo parecer indicar que durante casi todo el periodo de dominio del Tercer Reich, el campesinado se mostró tozudamente renuente frente a la imposición de las doctrinas ideológicas y los preceptos políticos propalados por la dictadura hitleriana<sup>32</sup>.

Toda esta última trayectoria de interpretaciones críticas con el alcance logrado por las políticas nazis en la consecución de un alto grado de consentimiento entre la población se ha visto perspicazmente condimentada con los brillantes juicios de Götz Aly, ocupados en desentrañar el papel desempeñado por los actos de rapiña y expolio llevados a cabo por las fuerzas nazis de ocupación durante la Segunda Guerra Mundial sobre las economías de los países ocupados. Dichos actos de expolio generalizado de los recursos y las disponibilidades monetarias y crediticias de las zonas y los países europeos «conquistados» por la «bota nazi» se vieron

<sup>32</sup> Véase STEPHENSON, Jill: *Hitler's Home Front. Württemberg under the Nazis*, New York and London, Hambledon Continuum, 2006; y «Popular Opinion in Nazi Germany: Mobilization, Experience, Perceptions: The View from the Württemberg Countryside», en P. Corner (ed.), *Popular Opinion in...*, *op. cit.*, pp. 107-121.

complementados con toda una vasta gama de medidas de ingeniería financiera y presupuestaria, que estuvieron principalmente orientadas a garantizar la preservación de elevados niveles de renta y consumo entre la población alemana o a revertir los efectos inflacionarios derivados de la aceleración del esfuerzo productivo en el sector armamentístico sobre las cuentas públicas y los recursos hacendísticos de los Estados despojados. La conformación de un vasto imperio económico gestionado por las autoridades nazis arrojó como principal resultado la conformación de un ingente entramado geográfico de saqueo sistemático de los recursos de buena parte de Europa a beneficio de los soldados de la *Wehrmacht* y sus familiares o allegados. De esta manera se lograba el abastecimiento suficiente de la población alemana, garantizándole un más que satisfactorio nivel de vida y contribuyendo a la germinación en su seno de un elevado grado de aprobación social acerca de las políticas expansivas y militaristas fervientemente sostenidas por los nazis<sup>33</sup>.

*La Italia fascista. Los nuevos paradigmas empleados en el análisis y la definición del totalitarismo y el fascismo. El caso de la dictadura mussoliniana*

Desde la década de los sesenta del pasado siglo xx las diferentes perspectivas analíticas y las percepciones historiográficas ocupadas de desentrañar la naturaleza del régimen fascista mussoliniano y el respaldo social alcanzado entre la población italiana de las décadas de los veinte y de los treinta han experimentado una constante y prolongada transformación. El impacto de la memoria antifascista y la enorme relevancia alcanzada tras la Segunda Guerra Mundial por las expresiones «negativistas» o las teorizaciones del marxismo y el liberalismo impidieron otorgar la debida importancia a la ideología fascista y a su intrínseca capacidad para estimular el surgimiento de un auténtico fenómeno de política de masas. Los principales teóricos del marxismo y del pensamiento liberal de los años cincuenta y sesenta o bien lo calificaban como una honda expresión de irracionalismo que ocultaba las verdaderas pretensiones de dominación económica de una burguesía atrincherada tras la demagogia de sus vesánicos líderes, o bien menospreciaban la importancia de su específico programa ideológico, considerándolo una desviación bastarda de la perversa psicología de las masas o una excrecencia ridícula de la modernidad surgida de una supuesta «crisis moral» derivada del enfrentamiento entre el materialismo liberal o socialista y el idealismo fascista<sup>34</sup>. Sin embargo, desde aquellos mismos años en que el fascismo italiano sentó las bases de su dominio político, toda una variopinta gama de intelectuales y líderes del movimiento obrero

<sup>33</sup> Véase ALY, Götz: *Hitler's Beneficiaries. How...*, *op. cit.*; véanse también MAZOWER, Mark: *Hitler's Empire. Nazi Rule in Occupied Europe*, New York, Penguin Press, 2008; y EVANS, Richard J.: *The Third Reich at War, 1939-1945*, New York, Allen Lane, 2008.

<sup>34</sup> Véase GREGOR, A. James: *Interpretations of Fascism*, New Brunswick and London, Transaction Publishers, 1997.

internacional advirtieron acerca de su rabiosa novedad organizativa, institucional e ideológica. Fueron estos mismos intelectuales y políticos antifascistas quienes juzgaron su sorprendente capacidad movilizadora, llegando a entenderlo como un fenómeno absolutamente inédito de la política de masas que intentaba resolver, mediante la apelación a un proyecto palingenésico de transformación totalitaria, las graves fracturas psicológicas, las severas frustraciones emocionales y las profundas confrontaciones ideológicas a las que se vio abocada la población europea del periodo de entreguerras.

Pese a todo lo anterior, hasta mediados de los años sesenta prevaleció, pues, una interpretación del fascismo que lo consideraba como una excrecencia espuria de la modernidad, un fenómeno patológico derivado de la anomia sufrida por la sociedad de masas que habría permitido el ascenso brutal de una minoría de fanáticos desideologizados, aupados por el interés de las burguesías y las clases tradicionalmente dominantes por aplastar el peligro representado por las izquierdas y el comunismo o por preservar su asediada hegemonía política al frente de los estados capitalistas.

Hacia fines de la década de los sesenta, una nueva hornada de estudios sobre el fascismo italiano, quizás influida por las primeras apreciaciones vertidas por los intelectuales antifascistas en los años veinte y treinta, comenzaba a reconocer que el éxito de aquel experimento político no radicaba únicamente en su demagogia o en el desencadenamiento del terror, sino en su capacidad para interpretar las aspiraciones y los deseos de amplios colectivos sociales, o en su destreza para edificar una visión mítica y sublimada de la Nación que colmaba las esperanzas y los anhelos de multitud de individuos decepcionados con la democracia, desconcertados y confusos ante las incertidumbres provocadas por la crisis económica de posguerra o desasosegados por el súbito derrumbe de los valores culturales y las tradiciones que hasta entonces habían conformado su estatus y conferido sentido a su existencia<sup>35</sup>. Quizás fuese George L. Mosse<sup>36</sup> quien primero sentó las bases para una profunda remodelación de las interpretaciones sobre el fascismo europeo de entreguerras hasta entonces prevalecientes. Para aquél, el fascismo no era un fenómeno político extraño a la más honda tradición de la política europea, sino

<sup>35</sup> Un detallado análisis de la profunda crisis psicológica, moral, cultural y política sufrida por la sociedad alemana durante los años de vigencia de la República de Weimar, y sus consecuencias sobre la polarización y radicalización política como factores que facilitaron el ascenso de los nazis al poder, puede obtenerse en la ya clásica obra de PEUKERT, Detlev J. K.: *The Weimar Republic. The Crisis of Classical Modernity*, New York, Hill and Wang, 1992 (edición original en alemán: *Die Weimarer Republik: Krisenjahre der klassischen Moderne*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1987).

<sup>36</sup> Véanse las siguientes aportaciones de MOSSE, George L.: *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions on Reality*, New York, Howard Fertig, 1980; *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, New York, Schocken Books, 1981; y *The Fascist Revolution. Toward a General Theory of Fascism*, New York, Howard Fertig, 1999.

profundamente imbricado en la trayectoria experimentada por el creciente culto a la nación puesto en pie por los regímenes liberales surgidos tras la Revolución Francesa. Junto a Mosse, merecen ser destacadas las aportaciones de Renzo de Felice<sup>37</sup>, entre las que cabría incluir su monumental contribución al conocimiento de la figura de Mussolini, así como las reflexiones dedicadas a la capacidad del régimen fascista italiano para concitar el acuerdo o el respaldo mayoritario entre una extensa porción de la población italiana durante los años que discurrieron entre 1928 y 1936 aproximadamente. En este lapso temporal se registró un perceptible éxito internacional en la política exterior italiana, que estuvo acompañado por la bonanza económica, la mejora de las expectativas laborales y los beneficios morales, psicológicos y propagandísticos cosechados tras la exitosa aventura culminada con la anexión de Etiopía. Diversas circunstancias ayudaron la conversión de Italia en una potencia internacional con un papel relevante en el concierto diplomático europeo del periodo de entreguerras. Todo ello, unido a las políticas sociales del régimen mussoliniano, a la difusión de una cultura de masas exaltadora de los valores de abnegado servicio a la Nación propalados por el fascismo, a la potenciación del liderazgo carismático de su jefe político, y a la mejora sustancial de los niveles salariales y de renta entre las clases trabajadoras, pudo configurar una situación de generalizado consenso entre la población italiana con respecto a la naturaleza y la ideología del Estado fascista.

Posteriores incursiones teóricas, enriquecidas por los aportes de la visión culturalista de los regímenes fascistas, condujeron a uno de los más destacados exponentes de las nuevas interpretaciones sobre el fascismo de entreguerras, y sin duda el más probado especialista en torno al fascismo italiano, Emilio Gentile, a llevar adelante un prometedor esfuerzo de síntesis conceptual, que hermanaba directamente a la dictadura mussoliniana con una nueva y revitalizada teorización sobre el totalitarismo<sup>38</sup>.

Ha sido sobre todo Gentile<sup>39</sup> quien ha definido el fascismo como un «moderno fenómeno político ultranacionalista y revolucionario», basado en el anti-liberalismo y el anti-marxismo y asentado sobre la implacable ejecutoria de un partido milicia con una concepción totalitaria de la política y el Estado. Para Gentile la ideología fascista se sustenta sobre una variada gama de mitificaciones exaltadoras de la

<sup>37</sup> Véase FELICE, Renzo de: *Mussolini il Fascista. La Conquista del Potere, 1921-1925*, Torino, Einaudi, 1966; y, del mismo autor, *Mussolini il Duce. Gli Anni del Consenso, 1929-1936*, Torino, Einaudi, 1974.

<sup>38</sup> Véase GENTILE, Emilio: *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo stato nel regime fascista*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1995.

<sup>39</sup> Véanse las siguientes aportaciones de GENTILE, Emilio: «Fascism as Political Religion», *Journal of Contemporary History*, 25, 2-3 (1990), pp. 229-251; «Fascism in Italian Historiography: In Search of an Individual Historical Identity», *Journal of Contemporary History*, 21, 2 (1986), pp. 179-208; y «Fascism, Totalitarianism and...», *op. cit.*



Nación y su pasado glorioso, que la capacitan para suscitar el concurso generalizado de la sociedad en la realización de un titánico esfuerzo colectivo de regeneración y grandeza nacional, dirigido por un Estado dotado de un proyecto transformador y totalitario. Para ello, el fascismo se vertebra sobre una suerte de sacralización del Estado y el ideario fascista, que de esta manera quedan investidos de un poder excepcional para dar respuesta a las necesidades del conjunto de la población. La omnipotencia cuasi-religiosa atribuida al Estado fascista, y al partido y la ideología que lo fundamentan, únicamente alcanza su auténtica magnitud mediante la imposición de una obediencia absoluta a la comunidad étnica o racialmente homogénea sobre la que aquellos componentes sacralizados se instalan.

Asimismo, desde la politología, la sociología política, la psicología social y la historia cultural han emergido novedosas interpretaciones centradas en la importancia de los elementos alegóricos y ritualizados empleados por el fascismo en la construcción de una visión sublime y mitificada de la Nación y su líder, que contribuyen a explicar la importancia de la edificación discursiva del ultranacionalismo fascista en su proceso de conversión en un auténtico movimiento de masas con una probada capacidad de seducción.

El éxito del fascismo radicó en buena medida en la idealizada reconstrucción de un discurso interpretativo de la Nación que la convertía en una auténtica comunidad afectiva fuertemente ligada por ataduras emocionales o por atávicos lazos étnicos, biológicos y/o culturales. La profunda crisis sufrida, tras la finalización de la Gran Guerra, por los principios políticos básicos sobre los que se había fundado el equilibrio de los regímenes liberal-parlamentarios, unida a la emergencia de ideologías dotadas de un sugerente *revolucionarismo contrarrevolucionario*<sup>40</sup>, como el fascismo, se transmutaron conjuntamente, en medio de los cataclísmicos espasmos de la posguerra, en elementos forjadores de una nueva praxis política. En efecto, tras la finalización de la conflagración mundial de 1914-1919, el fascismo había surgido como un movimiento de acción política profundamente

<sup>40</sup> Quizás el elemento más revolucionario del fascismo consista en su pretensión por transformar radicalmente el sistema liberal-parlamentario, construyendo a su vez un Estado alternativo esencialmente diferente que se erige a sí mismo como una alternativa viable contra la revolución encarnada por las izquierdas o el marxismo. Sin embargo, el efecto más revolucionariamente perceptible del fascismo quizás sea la imposición de un Estado autoritario y furibundamente nacionalista, entendido como una solución 'iliberál' a la crisis del liberalismo, revelando así su esencia socialmente contrarrevolucionaria. Al respecto véase NEOCLEOUS, Mark: *Fascism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1997, pp. 53-58. Desde otra perspectiva, Roger Griffin ve en el fascismo una forma esencialmente revolucionaria de ultranacionalismo (altamente chauvinista y esencialmente anti-liberal), caracterizada por una especie de populismo con finalidades movilizadoras, empeñado en la búsqueda de apoyos «desde abajo» para la culminación exitosa de las drásticas acciones llevadas a cabo por una elite que, «desde arriba», persigue la «salvación de la Nación», pretendidamente sumida en una profunda fase de postergación y declive. Véase GRIFFIN, Roger: «Revolution from the Right: Fascism», en D. Parker (ed.), *Revolutions and the Revolutionary Tradition in the West 1560-1991*, London, Routledge, 2000, pp. 185-201.

imbuido de un rotundo rechazo al sistema representativo y parlamentario del liberalismo de preguerra. La rotunda apuesta del movimiento fascista italiano por la construcción de un nuevo orden instalado sobre la comunidad nacional, y la desmedida fe depositada en un nacionalismo esencialista y exaltado que definía a la nación en términos biológicos, éticos y culturales, se vieron aupadas por una joven generación de activistas, fuertemente influida por los cautivadores discursos del radicalismo de izquierda y de derecha que emergieron justo antes de la Gran Guerra. Unos discursos que, con su percepción trágica y perturbadora de la vida y la militancia política, descalificaban los caducos presupuestos del ordenamiento liberal-burgués y anunciaban un «inminente viraje histórico que señalaría el fin de la sociedad burguesa liberal y el inicio de una nueva época»<sup>41</sup>. Casi todos aquellos jóvenes fascistas apelaban a una reconceptualización de la Nación, ahora entendida como una comunidad orgánica dotada de un pasado compartido y frecuentemente revelado a través de un copioso despliegue de mitos, alegorías y símbolos. El fascismo condensaba la fuerza de su magnetismo en la recreación de una idealización mitificada de la Patria y su pasado, conminándola a cumplir una titánica misión de regeneración y gloria únicamente alcanzada mediante el aniquilamiento del viejo orden liberal y la neutralización de las inoperantes y decrepitas elites políticas que lo sustentaban<sup>42</sup>.

Pero, sobre todo, fueron los reiterados recursos a la exaltación del mito de la regeneración nacional, la sacralización de los objetos de un nuevo culto político a la Nación, y la creencia milenarista en el cumplimiento por parte de esta última, en íntima comunión con su *líder excepcional*, de una misión espiritual y única, los mecanismos intrínsecos de la ideología fascista que más poderosamente contribuyeron a la solidificación del denominado liderazgo carismático<sup>43</sup>.

Además de todo lo anterior, la estrecha vinculación establecida por Gentile entre fascismo y totalitarismo le llevó a conferir al primero la categoría de expresión

<sup>41</sup> Véase GENTILE, Emilio: *Fascismo. Historia e Interpretación*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, p. 24; y GRIFFIN, Roger: *The Nature of Fascism*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993, pp. 56-60.

<sup>42</sup> La defensa de los componentes «originales» de la ideología fascista, y el énfasis de esta última en una particular 'cosmovisión', que concibe a la Nación como un protagonista de primera magnitud dentro de una concepción biológica de la Historia, entendida como un permanente ciclo que transita interminablemente por las fases del nacimiento, el triunfo, el colapso y la regeneración, pueden consultarse en KALLIS, Aristotle A.: *Fascist Ideology. Territory and Expansionism in Italy and Germany, 1922-1945*, London and New York, Routledge, 2000, pp. 28-31.

<sup>43</sup> Al respecto consúltese KALLIS, Aristotle A.: «Fascism, 'Charisma' and 'Charismatisation': Weber's Model of 'Charismatic Domination' and Interwar European Fascism», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7, 1 (2006), pp. 25-43, véanse especialmente las pp. 29-30. Véase, asimismo, KALLIS, Aristotle A.: «Studying Inter-war Fascism in Epochal and Diachronic Terms: Ideological Production, Political Experience and the Quest for 'Consensus'», *European History Quarterly*, 34, 1 (2004), pp. 9-42, véanse especialmente las pp. 19 y 29-30; y, del mismo autor, «The 'Regime-Model' of Fascism: A Typology», *European History Quarterly*, 30, 1 (2000), pp. 77-104, véase especialmente la p. 79.

particularizada del experimento totalitario, entendido ahora como fenómeno político moderno gestado en medio del auge de la política de masas que se registró en la Europa del periodo de entreguerras. En tal sentido, el fascismo es definido como una ideología con una ingente capacidad para suscitar la adhesión de las masas en torno a su proyecto totalitario de transformación integral del Estado liberal, un proyecto comprometido con la conducción de un programa revolucionario que, mediante la completa subordinación de la sociedad al Estado y el partido fascista, hiciese posible la regeneración integral de la Nación y la construcción de un orden inédito instalado sobre la gestación de un «hombre nuevo». Los estados fascistas, en tanto que particulares manifestaciones del modelo de dominación totalitaria, se instalaron sobre una expresión sacralizada de la política y la ideología, persiguiendo la homogeneización total de la Nación mediante su absoluta subordinación al poder del Estado encarnado en el partido totalitario y único<sup>44</sup>.

No obstante, las teorizaciones de Gentile sobre la religión política como elemento clave en la ordenación de los regímenes fascistas y totalitarios de la Europa de entreguerras, y sus sugerentes elucubraciones sobre la ideología revolucionaria fascista, quizás pequen de un exceso de confianza. No cabe duda que Gentile ha puesto el adecuado énfasis en la presentación del fascismo como un fenómeno político radicalmente moderno, revolucionario y con una capacidad excepcional para suscitar la movilización y la adhesión política de las masas. Pero quizás sus valiosísimas reflexiones teóricas se instalen sobre una preocupante falta de comprobación empírica.

#### *El regreso de los historiadores sociales y la vuelta al escepticismo*

Nuevas voces cargadas de escepticismo han vuelto a advertir, sobre todo desde mediados de la década de los noventa, acerca de la necesidad de medir con instrumentos adecuados el grado de implicación de la sociedad italiana en el proyecto totalitario puesto en marcha por el Estado fascista. No parece que la mera «*estetización* de la política»<sup>45</sup> y la construcción denodada de todo un despliegue simbólico, literario, visual, artístico y representacional exaltador de un sentimiento colectivo de pertenencia a la Nación que pudo haber contribuido a la configuración de una imaginaria comunidad firmemente cohesionada, sirvan para explicar el auténtico alcance del respaldo social alcanzado por las políticas

<sup>44</sup> Véase GENTILE, Emilio: *Politics as Religion*, Princeton and Oxford, Princeton University Press, 2006; GRIFFIN, Roger (ed.): *Fascism, Totalitarianism and...*, *op.cit.* Véase también BURLEIGH, Michael: *Sacred Causes. The Clash of Religion and Politics from the Great War to the War on Terror*, New York, Harper Collins, 2007.

<sup>45</sup> Véase FALASCA-ZAMPONI, Simonetta: *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*, Berkeley, Los Angeles, London, California University Press, 1997; y BEN-GHIAT, Ruth: *Fascist Modernities. Italy, 1922-1945*, Berkeley, Los Angeles and London, University of California Press, 2001.

fascistas y sus proyectos totalitarios. Tampoco conocemos hoy «a ciencia cierta» los efectos provocados sobre el estado de ánimo predominante entre la sociedad italiana por los esfuerzos del régimen mussoliniano encaminados hacia la difusión de un amplio entramado de servicios y prestaciones sociales, que por primera vez permitían el acceso masivo de las clases populares al consumo y el disfrute de espectáculos o diversiones anteriormente reservados a las minorías cultas o a las clases privilegiadas<sup>46</sup>. Ni desde luego las elucubraciones acerca del carácter sacralizado del Estado fascista y su ideología nos ayudan a entender mejor hasta dónde logró el régimen dictatorial transformar las voluntades y las actitudes de los italianos, o si logró eficazmente convertirlos en unos incondicionales seguidores de sus proclamas doctrinarias.

Las aportaciones más recientes sobre las actitudes políticas y la opinión popular de los italianos durante el «ventennio fascista» nos invitan a observar la existencia de un panorama lleno de claroscuros. Si bien el régimen fascista logró hacer incursiones más que notables en la difusión de sus planteamientos ideológicos y obtuvo un probado éxito en la neutralización eficaz de las expresiones de disidencia política o de abierta oposición, no es menos cierto que queda aún por establecer hasta qué punto la dictadura mussoliniana pudo desvanecer completamente la persistencia de los rasgos culturales y políticos que definían la sociabilidad y la cosmovisión de las clases trabajadoras industriales, o de qué manera logró concitar, si es que lo hizo, un sentimiento más o menos unánime de aprobación en torno a sus proyectos totalitarios, teniendo en cuenta las dificultosas condiciones económicas sufridas por la población durante los años de la crisis económica de los treinta y el hundimiento de las expectativas suscitadas por el régimen en lo tocante a la mejora de los niveles de renta o el pleno empleo<sup>47</sup>.

Algunos especialistas han insistido en que la perdurabilidad del régimen mussoliniano y la relativa quietud social sobre la que aquél se edificó deben mucho a la implementación de una profusa red de órganos policiales, servicios de inteligencia y cuerpos de vigilancia, que extendieron su capacidad de supervisión merced al empleo de medidas represivas ampliamente disuasorias y a la utilización de una ingente multitud de espías, confidentes y colaboradores cuya organización tentacular traspasó incluso las más impermeables fronteras de la privacidad y la íntima vivencia reclusa en el hogar, la taberna, el club social o la reunión de amigos. A las labores de control policial eficazmente llevadas a cabo por los órganos de

<sup>46</sup> Véase GRAZIA, Victoria de: *The Culture of Consent. Mass Organization of Leisure in Fascist Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

<sup>47</sup> Véanse las siguientes aportaciones de PASSERINI, Luisa: «Work Ideology and Consensus in Italian Fascism», *History Workshop*, 8 (1979), pp. 82-108; y *Fascism in Popular Memory. The Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge y París, Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1987.

represión instaurados por el régimen fascista, habría que añadir las estrategias de gratificación a los colaboradores y de castigo a los desafectos, puestas en práctica por la inconmensurable red de órganos de control social fiscalizados desde un «Estado-patrón» asistido por el partido fascista, a la vez que gestionadas por las innumerables oficinas edificadas bajo el patronazgo del partido-milicia y ocupadas de la distribución de las ayudas sociales, la regulación de las contrataciones laborales o la administración de las subvenciones estatales<sup>48</sup>. Junto a todo lo anterior, destacados especialistas como Paul Corner o R. J. B. Bosworth<sup>49</sup> han insistido en el efecto devastador que para la opinión popular debieron provocar los innumerables escándalos reiteradamente escenificados en las diferentes esferas de la administración fascista, la brutalidad con la que actuaron impunemente numerosos «arribistas» amparados por el partido, la venalidad de sus cuadros políticos, el ejercicio de la violencia practicado por muchos de ellos en su pugna por el desempeño del mando, así como las constantes diatribas y las sempiternas luchas intestinas surgidas entre las distintas facciones del partido y el funcionariado cualificado proveniente de la etapa *giolittiana* en sus pretensiones por hacerse con el control de los poderes locales o las instituciones administrativas regionales o periféricas<sup>50</sup>. Han sido estos mismos especialistas quienes han advertido acerca del papel determinante ejercido por la represión policial y el control social en la consecución de una situación de más o menos generalizada conformidad entre la población (aunque solamente fuese para eludir el peso de la marginación, la persecución o el castigo). Esos mismos autores no han dejado de señalar la persistencia de actitudes de resistencia a las condiciones económicas de explotación en el trabajo, y al entramado político fascista erigido en defensa de los intereses de las tradicionales clases dominantes. Tales actitudes de rechazo podrían constatarse a través de las permanentes manifestaciones de la acción colectiva y la protesta expresada por algunos segmentos de la población trabajadora de las ciudades del norte industrial —sobre todo durante los difíciles años de la Segunda Guerra Mundial—, o entre los jornaleros y campesinos pobres de las regiones septentrionales de agricultura capitalista o del sur latifundista. La persistencia de específicas «culturas obreras de protesta», la

<sup>48</sup> Véanse CORNER, Paul: «Italian Fascism: Whatever...», *op. cit.*; y EBNER, Michael: «The Political Police and Denunciation during Fascism: a Review of Recent Historical Literature», *Journal of Modern Italian Studies*, (Review Essay), 11, 2 (2006), pp. 209-226.

<sup>49</sup> Véanse CORNER, Paul: «Everyday Fascism in the 1930s: Centre and Periphery in the Decline of Mussolini's Dictatorship», *Contemporary European History*, 15, 2 (2006), pp. 195-222; y «Fascist Italy in the 1930s: Popular Opinion in the Provinces», en P. Corner (ed.), *Popular Opinion in...*, *op. cit.*, pp. 122-146. Véase, asimismo, BOSWORTH, Richard J. B.: «Everyday Mussolinism: Friends, Family, Locality and Violence in Fascist Italy», *Contemporary European History*, 14, 1 (2005), pp. 23-43.

<sup>50</sup> Véase MORGAN, Philip: «The Prefects and Party-State Relations in Fascist Italy», *Journal of Modern Italian Studies*, 3, 3 (1998), pp. 241-272.

promiscua mezcla de componentes culturales populares y/o tradicionales con los que la memoria de los trabajadores industriales resistió la aniquilación de sus pretéritos instrumentos de solidaridad o defensa, incluso desafiando los lenguajes totalitarios o burlándose socarronamente de los principios ideológicos fascistas, fueron manifestaciones prominentes de la continuidad de ciertas identidades sociales que nos permiten hablar, cuando menos, de la pertinaz presencia de una ambigua, escéptica y recelosa actitud de los obreros y las clases populares frente al Estado fascista<sup>51</sup>. Asimismo ha sido ampliamente debatida por una parte de la historiografía reciente la circunstancia de la perdurabilidad entre los obreros industriales de los valores morales que definieron el «honor del trabajo cualificado» o la persistencia del carácter dignificador del trabajo bien hecho como resultante de la cooperación colectiva, entendidos ambos elementos como componentes recurrentes y nunca definitivamente disueltos de las culturas socialdemócratas que ayudaron a los trabajadores a experimentar una adaptación táctica y eminentemente pragmática al nuevo orden fascista y que les permitieron salvaguardar eficazmente la esencia de sus más enraizadas identidades. Quizás estos mismos elementos constitutivos de la cultura obrera y popular se erigieron en un articulado basamento de experiencias y «cosmovisiones», que alimentó la constante emergencia entre las clases populares de soterradas, simuladas y «camaleónicas» asunciones (casi siempre pragmáticamente expresadas) de aquellos principios inspiradores de una nueva organización del trabajo industrial auspiciados por el fascismo. Así se podría entender cómo, por ejemplo, la clase obrera turinesa respondió equilibradamente, y de una manera siempre funcional y adaptativa, a la permanente promoción de una nueva ordenación del trabajo industrial que precipitaba el debilitamiento de sus tradicionales solidaridades, socavaba el prestigio adquirido por los obreros cualificados al tecnificar ciertas tareas o segmentar los procesos de trabajo hasta convertirlos en acumulaciones rutinarias de funciones poco complejas que se sustraían al control ejercido por los obreros mejor preparados, o incrementaba el aislacionismo individualista en el seno de los colectivos de fábrica que anteriormente se profesaban un mutuo respeto y una alta consideración<sup>52</sup>.

<sup>51</sup> Véase PASSERINI, Luisa: *Fascism in Popular... op. cit.*

<sup>52</sup> Véase PASSERINI, Luisa: «Work Ideology and...», *op. cit.*; y MORGAN, Philip: «'The Years of Consent'? Popular Attitudes and Forms of Resistance to Fascism in Italy, 1925-1940», en T. Kirk y A. McElligott (eds.), *Opposing Fascism. Community, Authority and Resistance in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 163-179.

*La Rusia estalinista (1928-1939)*<sup>53</sup>. *El arrinconamiento de las viejas concepciones en torno al totalitarismo soviético y la llegada del «revisionismo»*

La historiografía en torno al totalitarismo estalinista también ha experimentado un decisivo giro hermenéutico a lo largo de las últimas décadas. Han sido progresivamente arrinconadas las rancias interpretaciones de «arriba-abajo», que incorporaban acríticamente los paradigmas en torno a los rasgos del totalitarismo definidos por los analistas políticos anticomunistas, profundamente influidos por la onda de idealizada exaltación de la democracia occidental y los valores del «mundo libre» encarnados en el modelo del capitalismo liberal estadounidense. Los móviles teóricos excesivamente ideologizados que inspiraron tales paradigmas contribuyeron a la equiparación ontológica de dos regímenes tan diametralmente opuestos como la Alemania Nazi y la Rusia Estalinista, aunque sólo fuese por el hecho de haberse constituido en experiencias políticas violentamente antiliberales. Esos mismos móviles fueron los que ayudaron a la forja de una espúrea teorización que conducía hacia el «capcioso hermanamiento» entre las dos experiencias totalitarias recién mencionadas. Dicha teorización se hallaba débilmente sustentada sobre el señalamiento de las totalizadoras pretensiones antiliberales exhibidas por ambos regímenes, o sobre el furibundo rechazo a la democracia y el sistema de libre mercado del que ambos hacían gala. Los rígidos planteamientos analíticos y reveladoramente ahistóricos que definieron el totalitarismo como una estructura de poder sistémica (y no como una experiencia de dominación política históricamente condicionada), aparecían contenidos de una forma acabada en la obra de Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski<sup>54</sup>, y lo concebían como un sólida estructura estatal monolítica, perenne e inmutable, capaz de reproducirse e imposibilitada para transformarse, que sometía brutalmente a la sociedad impidiendo toda expresión de disidencia y que únicamente podía ser aniquilada o destruida mediante el concurso de fuerzas de presión externas. Para esta visión inmovilista del totalitarismo (que señalaba a la dictadura soviética como su más depurada y quintaesenciada manifestación), la arrolladora eficacia dictatorial reunida por las devastadoras moles políticas encarnadas en el nazismo y el estalinismo estribaría en el uso implacable que aquellas siempre hicieron de una ideología impregnada de poderosos componentes quiliásticos, que se hallaba diseminada hasta en los más íntimos rincones de la vivencia social gracias a la acción de un partido único implacablemente dirigido por un dictador carismático. Según aquella interpretación

<sup>53</sup> Para una visión panorámica de los cambiantes planteamientos de la historiografía reciente en torno a la opinión popular de la sociedad soviética durante el periodo estalinista previo a la Segunda Guerra Mundial, véase FITZPATRICK, Sheila: «Popular Opinion in Russia under Pre-war Stalinism», en P. Corner (ed.), *Popular Opinion in...*, *op. cit.*, pp. 17-32.

<sup>54</sup> Véase la obra clásica de FRIEDRICH, Carl J. y BRZEZINSKI, Zbigniew K.: *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge, Harvard University Press, 1956.

ahistórica e ideologizada del totalitarismo que venimos describiendo, la suprema capacidad dominadora de este último estribaría en el monopolio del terror aplicado por una policía secreta omnipresente, el exhaustivo control estatal de los medios de comunicación, el monopolio de la violencia política contra los opositores ejercida en sus múltiples formas y, por fin, la planificación centralizada de la economía<sup>55</sup>.

Estas visiones arquetípicas presuponían la omnipresente y paralizante incapacidad de la sociedad para articular respuestas más o menos organizadas con las que contrarrestar el poder omnímodo de los estados totalitarios bajo los que se hallaba sojuzgada. La sociedad era vista, de acuerdo con tales exégesis, como una víctima paralizada por el terror impuesto desde el Estado, abnegada, ideológicamente narcotizada o amputada en sus capacidades para reaccionar frente al poder absoluto de las dictaduras fascistas o comunistas. No obstante, desde comienzos de los setenta del pasado siglo xx, y al calor de los avances de la historia social y cultural, tales perspectivas han ido siendo progresivamente desplazadas.

A partir de los años ochenta se inició una nueva etapa de profunda renovación historiográfica en los estudios sobre el largo periodo de dominio estalinista previo a la Segunda Guerra Mundial. Puede hablarse de una posición auténticamente «revisionista», que contradecía las supuestas verdades del discurso predominante de calificación del totalitarismo soviético como un sistema poderosamente capacitado para llevar a efecto una permanente e indefinida reproducción<sup>56</sup>. Las investigaciones llevadas a cabo por un nutrido grupo de jóvenes investigadores como J. Arch Getty, Roberta Manning o Gabor Rittersporn, sin duda alguna liderados por Sheila Fitzpatrick, ahondaron en una perspectiva más globalizada de la sociedad soviética de los años treinta. Muy atentas a la señalización de los componentes de dinamismo social presentes en la evolución de la economía soviética estimulada por los primeros planes quinquenales puestos en marcha a lo largo de los años treinta, las entonces novedosas miradas dirigidas por Fitzpatrick hacia la emergencia de un nuevo estrato de trabajadores cualificados, especializados y beneficiados por las corrientes de ascenso social que puso en marcha la industrialización forzosa, o estimulados por la completa transformación urbana experimentada por la Unión Soviética desde los comienzos de la década de los treinta, dibujaron un panorama social muy diferente al bosquejado por las «rancias interpretaciones» de la politología y la sociología funcionalista provenientes de la etapa de la Guerra Fría<sup>57</sup>.

<sup>55</sup> Véase TRAVERSO, ENZO: *El Totalitarisme. Història...*, op. cit.

<sup>56</sup> Véase, por ejemplo, GETTY, J. Arch: «State and Society under Stalin: Constitutions and Elections in the 1930s», *Slavic Review*, 50, 1 (1991), pp. 18-35.

<sup>57</sup> Véanse las siguientes obras de FITZPATRICK, Sheila: *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge and New York, Cambridge University Press, 1979; y *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Oxford, Oxford University Press, 1999.



Para Fitzpatrick, como para otros destacados especialistas, las necesidades experimentadas por el estado soviético para configurar una nueva «*intelligentsia*» de origen proletario, así como una nueva clase de técnicos, ingenieros y personal cualificado apto para cumplimentar las exigencias del nuevo proceso industrializador, generaron un inusitado dinamismo social que estimuló el ascenso, la mejora notable de las condiciones de vida y las expectativas de negociación social de un importante estrato de población joven, urbana y profundamente imbuida de los principios ideológicos del marxismo-leninismo. Esta poderosa corriente de promoción social capacitó a la nueva clase emergente de trabajadores cualificados y a la pujante «*intelligentsia*» cuidadosamente educada por el propio régimen para llevar adelante una suerte de pactada transacción de sus específicas aspiraciones con los órganos del partido bolchevique y los poderes estatales, mermando así la supuesta omnipotencia exhibida por estos últimos en la ejecución de sus ortodoxos principios ideológicos y en la cumplimentación de sus quiméricos y visionarios proyectos de modernización económica y social. Pero asimismo, esta nueva capa social notablemente beneficiada por un más que perceptible incremento de sus niveles de renta y capacidad de consumo, se erigió, merced a la consecución de perceptibles privilegios en sus «pactos informales» con el poder, en una especie de «nueva, briosa y recién llegada *intelligentsia*», ampliamente comprometida con el régimen totalitario y con sus severos moldes de acatamiento ideológico y político<sup>58</sup>.

A lo anterior debe añadirse la incorporación a los específicos estudios sobre la opinión popular de los ciudadanos soviéticos bajo el régimen estalinista de algunas de las nuevas sensibilidades metodológicas empleadas en la comprensión de los apoyos sociales prestados a los regímenes dictatoriales de entreguerras que ya describimos para el caso del nazismo alemán. Las expectativas suscitadas por los análisis llevados a efecto por Gellately o Johnson en torno a la colaboración de los alemanes con las fuerzas policiales del régimen nazi, procediendo al estudio sistemático de las denuncias contra los considerados «enemigos políticos», o de las acusaciones cursadas por los ciudadanos comunes para vengar sus rencillas personales con familiares, amigos o vecinos, condujo hacia un análisis panorámico acerca del papel desempeñado por la denuncia en las complejas relaciones entre los estados autocráticos, dictatoriales o totalitarios y las sociedades sometidas a su dominio a lo largo de diferentes etapas históricas. En este nuevo clima propenso

<sup>58</sup> Véanse las siguientes aportaciones de FITZPATRICK, Sheila: «Culture and Politics under Stalin: A Reappraisal», *Slavic Review*, 35, 2 (1976), pp. 211-231; «Cultural Revolution in Russia, 1928-1932», *The Journal of Modern History*, 9, 1 (1974), pp. 33-52; «New Perspectives on Stalinism», *Russian Review*, 45, 4 (1986), pp. 357-373; «Revisionism in Retrospect: A Personal View», *Slavic Review*, 67, 3 (2008), pp. 682-704; y «Stalin and the Making of a New Elite, 1928-1939», *Slavic Review*, 38, 3 (1979), pp. 377-402. Véase también FITZPATRICK, Sheila: «Introduction», en S. Fitzpatrick (ed.), *Stalinism. New Directions...*, *op. cit.*, pp. 1-14.

a exaltar las capacidades de suscitación de adhesión entre la sociedad reunidas por los totalitarismos de entreguerras, aparecieron algunas brillantes reflexiones sobre el papel de las denuncias practicadas por los ciudadanos soviéticos para inculpar a quienes consideraban alejados de la ortodoxia oficial, o juzgaban contrarios a los principios rectores del comunismo. Muy pronto cundió entre los especialistas la generalizada consideración de los actos de delación como elementos probatorios de la existencia de una sincera identificación practicada por multitud de individuos con las propuestas políticas y los programas ideológicos del régimen estalinista<sup>59</sup>.

Esta especie de «fiebre» por detectar la existencia de rasgos probatorios de la capacidad del totalitarismo estalinista para modelar profundamente las actitudes y los esquemas de pensamiento de la sociedad sobre la que instalaba su dominio, llevó a una parte de la reciente historiografía a impregnarse de las nuevas sensibilidades culturalistas y lingüísticas de la historia postsocial. Esto último, y la apertura de los archivos secretos de la extinta Unión Soviética, inclinó a los nuevos historiadores a centrar su atención en el grado o el alcance con que el universo simbólico y discursivo construido por el comunismo llegó a impregnar la mentalidad de extensas capas de la población trabajadora, hasta el extremo de hacerlas partícipes del empleo compartido de una particularizada forma «bolchevizonte» de expresar la realidad y el mundo. Para estas todavía recientes sensibilidades historiográficas, el régimen estalinista habría alcanzado logros más que meritorios en sus pretensiones por afianzar la asunción de la iconografía revolucionaria y los signos lingüísticos definitorios de la utopía marxista entre vastos conjuntos de las clases trabajadoras, hasta conseguir que estas últimas los incorporasen en su vida cotidiana empleándolos como medios seguros en la cotidiana escenificación de su acatamiento del régimen totalitario y asegurándoles una privilegiada comunicación con el Estado<sup>60</sup>. Aproximaciones más recientes a la potencialidad contenida en la ideología comunista y los aparatos propagandísticos de la dictadura estalinista para operar una auténtica reconstrucción sobre los procesos mentales empleados por los individuos en la íntima percepción de la realidad, han llevado a algunos historiadores a sobrevalorar el grado de profunda interiorización con que muchos de aquellos mismos individuos hicieron suyos los preceptos ideológicos oficialmente difundidos desde el Estado, protagonizando un particular, denodado y, en ocasiones, dramático

<sup>59</sup> Véase KOZLOV, Vladimir A.: «Denunciation and its Functions in Soviet Governance: A Study of Denunciations and their Bureaucratic Handling from Soviet Police Archives, 1944-1953», *The Journal of Modern History*, 68, 4 (1996), pp. 867-898; FITZPATRICK, Sheila: «Signals from Below: Soviet Letters of Denunciation of the 1930s», *The Journal of Modern History*, 68, 4 (1996), pp. 831-866; y «Suplicants and Citizens: Public Letter-Writing in Soviet Russia in the 1930s», *Slavic Review*, 55, 1 (1996), pp. 78-105. Véase también FITZPATRICK, Sheila y GELLATELY, Robert (comps.): *Accusatory practices. Denunciation...*, *op. cit.*

<sup>60</sup> Véase KOTKIN, Stephen: *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*, Berkeley, Los Angeles and London, University of California Press, 1995.

esfuerzo por garantizar la escrupulosa adecuación de sus conductas y estrategias vitales con el decálogo de fundamentaciones éticas que pavimentaron el proyecto revolucionario sostenido por el régimen soviético. De esta manera quedaría probada, al menos supuestamente, la capacidad de las maniobras de impregnación ideológica y de intenso adoctrinamiento revolucionario reunida por la dictadura estalinista a la hora de alcanzar sus ambiciosos logros de transformación integral de la sociedad, o en su empeño por hacer viable la construcción de un «hombre nuevo» al servicio de la edificación de un utópico orden socialista<sup>61</sup>.

*Un paisaje multicolor. Nuevas miradas, nuevas decepciones y nuevos alientos*

Sin embargo, un empleo mucho más mesurado y sistemático de las fuentes disponibles para el estudio de la opinión popular de los ciudadanos soviéticos bajo el estalinismo llevó a algunos valiosos investigadores a mostrarnos un panorama algo menos «esperanzador» que el recién relatado. Reaccionando al paisaje extremadamente complaciente pergeñado por el «revisiónismo», y previniendo acerca de la excesiva autonomía otorgada a la sociedad soviética por los estudios centrados en el análisis de la movilidad social de la etapa estalinista —especialmente durante los años treinta—, los trabajos de Sarah Davies, instalados sobre la auscultación exhaustiva de las fuentes policiales de la OGPU o de la NKVD y sobre el manejo de los innumerables informes oficiales efectuados para medir el estado de ánimo de la población frente a las políticas estalinistas, han diseñado un panorama mucho más pesimista en torno a la capacidad del totalitarismo soviético para suscitar una generalizada fidelidad entre la población hacia sus particulares dictados políticos e ideológicos<sup>62</sup>. Según Davies, las fuentes oficiales de carácter policial muestran a una amplia masa de integrantes de la clase trabajadora y campesina<sup>63</sup> difícilmente

<sup>61</sup> Véanse las siguientes aportaciones de HELLBECK, Jochen: *Revolution on my...*, *op. cit.*; «Liberation from Autonomy: Mapping Self-Understandings in Stalin's Time», en P. Corner (ed.): *Popular Opinion in...* *op. cit.*, pp. 49-63; y «Fashioning the Stalinist Soul: the Diary of Stepan Podlubnyi, 1931-9», en S. Fitzpatrick (ed.), *Stalinism. New Directions...*, *op. cit.*, pp. 77-116.

<sup>62</sup> Véase DAVIES, Sarah: *Popular Opinion in Stalin's Russia. Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997. Véase también SMITH, Steve: «Russian Workers and the Politics of Social Identity», *Russian Review*, 56, 1 (1997), pp. 1-7.

<sup>63</sup> Las estrategias de contestación arbitradas por el campesinado para hacer frente a las políticas de persecución y exterminio practicadas contra los modestos propietarios agrícolas volcados al mercado (*deskulakización*) o la resistencia mostrada frente a la colectivización forzosa de la agricultura han sido cuestiones abordadas por una amplia literatura historiográfica. Véase FITZPATRICK, Sheila: *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, New York and Oxford, Oxford University Press, 1994; VIOLA, Lynne: *Peasants Rebels under Stalin. Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, New York and Oxford, Oxford University Press, 1996; y, de la misma autora, «The Peasant Nightmare: Visions of Apocalypse in the Soviet Countryside», *The Journal of Modern History*, 62, 4 (1990), pp. 747-770; y «Bab'i Bunty and Peasant Women's Protest during Collectivization», *Russian Review*, 45, 1 (1986), pp. 23-42. Véase, asimismo, LEWIN, Moshe: *Russian Peasants and Soviet Power. A Study of Collectivization*, London, Allen and Unwin, 1968.

seducida por la machacona propaganda irradiada desde el régimen, a la vez que perceptiblemente refugiada en actitudes de resistencia pasiva, fingida sumisión o mero conformismo taticista. Tales actitudes de dudoso acatamiento aparecieron difusamente murmuradas a través de la burla subrepticia a los principios ideológicos del comunismo oficial que emanaban de sus más íntimas representaciones mentales y simbólicas de la realidad social, y se manifestaron implícitamente verbalizadas en el reiterado empleo de unas categorías lingüísticas y discursivas que delataban la señalización del permanente antagonismo entre un «nosotros» y un «ellos», revelador de la imagen dual y jerarquizada que debió condicionar su particular vivencia de la dictadura soviética. La gestación de particulares identidades clasistas y/o grupales visiblemente alejadas de los patrones de adscripción social oficializados por el régimen contribuiría a que aquellos mismos segmentos de la población más perceptiblemente escépticos procediesen a designar de una manera lingüística y alegórica su particular interiorización de la realidad social y política de la dictadura estalinista, concibiéndola al fin y al cabo como una vivencia de opresión y dominio<sup>64</sup>. Para Davies, es imposible detectar la existencia de actitudes o bien declaradamente partidarias del régimen estalinista o bien absolutamente contrapuestas a su voluntad de dominación totalizadora. Habría que señalar, pues, la existencia de una intermedia y variable gama de tonalidades grises, conformada por un cúmulo de expresiones contradictorias y ambivalentes, que llevarían a los individuos a compatibilizar el rechazo o la insensibilidad mostrada hacia determinadas políticas con la adhesión declarada y el respaldo manifestado hacia otras<sup>65</sup>.

Casi puede afirmarse, pues, que un auténtico movimiento pendular ha sido el que han experimentado las cambiantes percepciones aportadas por la historiografía de las últimas décadas centrada en el estudio de las relaciones entre sociedad y Estado en la Rusia estalinista de los años veinte y treinta. Quizás las oscilantes posturas sostenidas acerca de la capacidad del régimen para suscitar un amplio y generalizado acuerdo entre la población se han visto sintetizadas en la magna recopilación de testimonios e impresiones memorísticas recientemente llevada a cabo por Orlando Figes en su reciente obra: «The Whisperers»<sup>66</sup>. Parece probado que, pese a que la dictadura soviética alcanzó fundamentales logros durante los años treinta en todo lo concerniente a la asunción por parte de amplias capas de la sociedad de los nuevos valores del colectivismo y la fe en el progreso, forjando todo

<sup>64</sup> Véase DAVIES, Sarah: «'Us against them': Social Identity in Soviet Russia, 1934-41», *Russian Review*, 56, 1 (1997), pp. 70-89; y FITZPATRICK, Sheila: «Ascribing Class: the Construction of Social Identity in Soviet Russia», *The Journal of Modern History*, 65, 4 (1993), pp. 745-770; y en FITZPATRICK, Sheila: *Stalinism. New Directions...*, *op. cit.*, pp. 20-46.

<sup>65</sup> Véase PLAMPER, Jan: «Beyond Binaries: Popular...», *op. cit.*

<sup>66</sup> Véase FIGES, Orlando: *The Whisperers. Private Life in Stalin's Russia*, New York, Metropolitan Books, 2007.

un denso entramado de actitudes favorecedoras de la colaboración activa con el régimen en el esfuerzo conjunto por la construcción de una nueva sociedad utópica inspirada en los principios del marxismo y la revolución comunista, también contribuyó a cosechar un constante afloramiento de innumerables expresiones personalizadas de descontento, insatisfacción, resignación o simple acomodación fingida a los cánones ideológicos que sostuvieron el proyecto totalitario estalinista<sup>67</sup>.

<sup>67</sup> *Ibidem*.